

BOLSILIBROS  
BRUGUERA

SERIE  
**PUNTO  
ROJO**

# algo demasiado horrendo

peter debry





COLECCION

# PUNTO ROJO







PETER DEBRY

## **ALGO DEMASIADO HORRENDO**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 425

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

**BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES**

**CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO**





Dépósito legal: B 16.777 - 1970

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: junio, 1970

© PETER DEBRY, 1970  
sobre la parte literaria

© RAFAEL CORTIELLA - 1970  
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor  
de Editorial Bruguera, S.A.  
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**  
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970





Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.





## **ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

1.159. — Pista para pistoleros.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.032. — Un tigre, tres ingenuas.

En Colección BUFALO:

870. — Grabado al plomo.

En Colección CALIFORNIA:

714. — Dúo para sogá.

En Colección SALVAJE TEXAS:

614. — Legionarios del «Colt».

En Colección COLORADO:

462. — Telón de plomo.

En Colección PUNTO ROJO:

419. — La fosa rebosa.

En Colección ASES DEL OESTE:

374. — Mercenarios del plomo.

En Colección KANSAS:

620. — Escuadrón bárbaro.



## CAPÍTULO PRIMERO

Archer Holigan disfrutaba de la mañana abrigada. El sol brillaba cálidamente por vez primera desde octubre. Había llegado la primavera.

Acarició a un elefantito en la cabeza, y ondeó la mano hacia un oso polar. El olor del cambio de estación estaba en el aire y en el parque Zoológico de Londres.

Un camello, con su grotesco caminar, giraba la esquina de la casa de los reptiles. Llevaba entre sus gibas a una mujer.

El camello era una fea criatura, con cara de mal genio. La mujer era una deliciosa criatura, plena de femineidad, con cara sonrosada y radiante.

Con su abrigo blanco y su capucha de nutria, resultaba tan tentadora como un pastelillo de nata.

Evelyn Brent era su auxiliar especial desde hacía meses. Una auxiliar formidable.

Llamó Holigan:

—¡Evelyn! No vinimos a pasarlo bien, sino a trabajar.

Ella sonrió algo ácidamente. Dio una palmada en el cuello del camello que, inclinándose, enlazó sus patas y aguardó, mientras ella se deslizaba hasta el suelo.

Anunció Evelyn:

—No había montado a camello desde que estuve en Arabia, hace dos años.

—El coche es más rápido, más confortable, y no es probable que te coma, cuando le vuelves la espalda.

Cogiendo del codo a Evelyn, añadió:

—¿Leíste acerca del hombre que fue asesinado aquí hace tres noches?

—Sí. Algo bastante horrendo.

Caminaron indolentemente hacia el sanatorio.

—Me agradaría regresar al África unos meses —dijo Evelyn, nostálgicamente—. ¿Te conté acerca del tigre que tumbé?

—No. ¿Qué gusto tenía?

Un empleado del zoológico pasó por el lado de ellos. Se bamboleaba caminando, y tenía expresión bestial.

Comentó Holigan:

—No me extraña que aquel chimpancé se defendiese todo lo que pudo, cuando entró un hombre en su jaula.

Avanzaron por el pasillo hasta el despacho principal.

Un hombre en bata blanca se puso en pie al abrir ellos la puerta, y se presentó como doctor Meninger. Era vienés.

—¡La encantadora señorita Brent! Realmente delicioso contemplarla. Buenos días, señor Holigan. Preciosa mañana, ¿verdad?

—Primaveral y todo lo demás —afirmó Holigan.

—El lunes pasado ya oí el primer cuclillo. Déjenme llevarles hasta nuestro criminal. Está aislado. Sí, los animales, como pueden apreciar, se hallan algo excitados. Pronto será la estación normal del apareamiento... Aquí tenemos a nuestro criminal.

El chimpancé los contempló, apático. Pronto perdió interés en verlos, y empezó a hurgarse los dedos de los pies.

Holigan encontró irracional imaginarse a un animal matando a un hombre. Por lo general se figuraba a los chimpancés haciendo monerías en los circos y en los telefilmes de televisión.

—Cuando tienen ocho o nueve años entran en pubertad —explicó Meninger— y entonces pueden resultar altamente peligrosos. Están propensos a violentos ataques de mal humor, y son celosos de sus hembras, al igual que el *homo sapiens*, con la salvedad de que el chimpancé es mucho más poderoso. Lamentándolo mucho, tendremos que darle muerte.

—¿Por homicidio? —preguntó Holigan—. Creía que la pena capital ya estaba abolida.

—Sólo para la gente. Tenemos que tranquilizar al público...

Evelyn Brent había pasado la mano a través de las rejas, y estaba acariciando la peluda testa. Preguntó ella:

—¿Acaso el hombre que entró pretendía secuestrarlo?

El doctor explicó que en la jaula había sido encontrada una jeringa hipodérmica. Y que una furgoneta fue abandonada en *Ring*

Road.

—Por ello deducimos que la intención era raptar al chimpancé.

—¿De dónde procedía la furgoneta?

—Robada —aclaró Holigan.

—¿Dónde?

—En el propio Zoo.

—Listo el hombre.

—Se llamaba Tom Larkin.

—¿Tiene esto importancia?

—Sí. Ésta fue la razón por la que nos han encomendado el asunto.

Notó Holigan que el chimpancé no había masticado la mano de Evelyn. Casi parecía sonreír, bajo la caricia en su frente huesuda.

—Doctor Meninger, deseo que no procedan a matar a este animal hasta que no hayamos descubierto algo más sobre el incidente. Puede que nos sea útil.

El chimpancé se puso en pie dentro de su jaula. Ondeó la pata derecha a través de los barrotes hacia Holigan.

Holigan le estrechó la pata. Saludó luego al doctor, despidiéndose, y cuando ya estaban lejos de todo oído humano o simiesco, expuso:

—Tom Larkin trabajaba como mozo de servicio para el Instituto de Investigaciones Científicas. Estuvo en dicho empleo treinta años, su conducta era irreprochable, no trabajaba en exceso ni en defecto, y no tenía relaciones delictivas. ¿Puedo comprarte un helado de crema y vainilla?

—¿En abril? Prefiero que me compres manises y nos vamos a darles comida a los gibones.

Los gibones estaban balanceándose por su jaula, lanzando chillidos y haciendo más ruido que los demás animales del zoo.

Había uno más joven, y tres más maduros. Uno de estos tres se erguía inmóvil, al extremo de la jaula, como si estuviera celoso del resto de la feliz familia.

Con indiferencia, dijo Evelyn:

—O sea que Tom era un mozo de servicio. ¿Es que esto transforma el caso en una emergencia nacional?

—Pudiera ser —indicó Holigan—. Hay un pequeño detalle algo extraño, si nos paramos a meditarlo. Tom Larkin murió hace cuatro

meses.

## CAPÍTULO II

—Murió hace cuatro meses de un ataque cardíaco. Y como es lógico, no lo he visto más desde entonces. Bueno, quiero decir que lo enterraron, ¿no es así? No es que le viera mucho antes que se muriese. Siempre estaba abajo, en cualquier taberna, o visitando a los perros del instituto.

Sonrió la viuda súbitamente.

—¿Quiere un trago, querida?

Evelyn miró a través del sucio cuarto hacia el amplio barril de cerveza negra, en una esquina. La poco desconsolada viuda aspiraba a una existencia cómoda.

Hasta tenía una televisión especial con dirección remota.

—No, muchas gracias, señora Larkin.

El piso estaba en un bloque lúgubre tras Camden Town, y la conversación tenía que suspenderse cada tres minutos mientras un tren traqueteaba pasando como una exhalación trepidante.

Las mugrientas escaleras hasta aquel quinto piso estaban sembradas de triciclos, chiquillos y botellas vacías de leche.

La señora Larkin encendió otro pitillo de una caja de cien, tosió un rato y luego se escanció un vaso de cerveza.

Dijo con satisfacción:

—Puedo permitirme mis pequeñas comodidades, ahora que Tom se fue al otro barrio.

—Debo reconocer que usted aceptó su muerte con gran entereza.

—La verdad es que me reí mucho durante todo el funeral, niña. Con gran placer habría aceptado verme libre del miserable diablo gratis, pero los del seguro vinieren a pagarme dos mil libras.

—Es un buen montón de dinero.

—Harold me ayuda a invertirlo bien. Harold es nuestro inquilino.

La señora Larkin saboreó su cerveza agria, mientras sus ojos no

perdían de vista a Evelyn.

Había bajado el volumen de la televisión, por «control» remoto, al preguntar Evelyn si Tom sufría del corazón en el pasado, y dónde estaba cuando murió.

La mujer inquirió súbitamente:

—¿Por qué me hace todas estas preguntas?

—Alguien asegura que vio a su marido el pasado miércoles.

La señora Larkin tenía una barbilla y una nariz puntiaguda. Cuando empezó a parpadear, recelosa, pareció una raposa de mediana edad, con mucho nervio.

Preguntó ásperamente:

—¿Y quién es usted? ¿Está tratando de quitarme mi dinero? Tom murió en el trabajo, y todo el mundo lo vio. Hay doctores trabajando en aquel instituto. Y luego, lo enterraron. ¡No puede usted hacerme devolver ahora el dinero! Yo pensaba que usted era una de estas auxiliadoras sociales. No sabía que era una espía chismosa.

—No me interesa su dinero...

—¡No, claro que no! A usted le sobra con estas botas de fantasía y esta especie de uniforme de Gestapo. Supongo que a su marido le sobre la plata. ¿Qué sabe usted de prójimos como yo y Harold? Trabajé catorce horas por día desde que tenía quince años, y nunca saqué más que miseria y compañía. ¿Qué sabe usted de todo eso, señorita Botas Caras? Lo muy cierto es que nunca consentiré en separarme de mi dinero. Lo gané al estar casada con Tom.

La repentina agresividad de la mujer le dolió algo, sin saber por qué y sonriendo, radiante, dijo Evelyn:

—Me agradecería un vaso de su cerveza. Gracias.

La señora Larkin pareció asombrada. Luego, escanció en un vaso, tendiéndolo a Evelyn.

—La razón por la cual he venido a verla, señora, ha sido puramente en busca de su consejo.

Volvió a sonreír, radiante. Le daba buenos resultados.

—Evidentemente, nadie pudo haber visto a su marido. Pero ¿puede usted pensar en una explicación? Como, por ejemplo, ¿tenía él un hermano gemelo? ¿O por qué motivo alguien le personificó, le imitó?

—Todo cuanto sé es que si Tom se presenta de nuevo por aquí,

palabra que lo mato definitivamente.

Evelyn consideró que un cuarto de litro de cerveza era mucho líquido para deglutirlo tan rápidamente, por lo cual tuvo que pensar en algunas preguntas más.

Pero nada iba a averiguar de parte de la señora Larkin.

Había enterrado a su esposo, dándole una despedida decente, y ahora ya había terminado con él. No creía en la resurrección.

—Como puede ver, estoy la mar de bien. Tengo un inquilino tranquilo y bueno, que no me dice lo que tengo que hacer y que no me achucha cuando quiero ir a dormir. Pretendo seguir así hasta el fin de mi existencia.

Pulsó el conmutador en la acodadera de su sillón, y el sonido restalló en su televisión.

Evelyn dio las gracias, inaudibles. Y salió.

Triciclos, botellines de leche y chiquillería seguían desparramados por la escalera.

Las cuatro personas en torno a la tumba miraban en silencio, mientras el sepulturero iba echando la tierra a un lado.

Holigan lo consideró un espectáculo hipnótico. Como un funeral realizado a la inversa. Y el vicario farfullaba las absoluciones de ritual por rutina y para sí mismo.

El sol se había ocultado, eran las cinco de la tarde, y Evelyn empezaba a dar muestras de fatiga asqueada. Pero esperaron hasta que fue descubierto el ataúd.

Le desilusionó a Holigan que ni siquiera apareciera un cráneo como en Hamlet. El ataúd fue fácilmente izado. Fácilmente abierto.

Estaba vacío.

Comentó Evelyn:

—De todos modos, no esperábamos encontrarle dentro, ¿no es así?

—Pero pudo haber alguien ahí dentro. O estar relleno de chatarra. Por lo menos sabemos que Larkin fue enterrado.

El sargento de policía tomó solemnemente nota en su libreta. Luego fue en busca de los fotógrafos y buscadores de huellas.

Holigan le dijo que, si ocurría alguna novedad en la próxima media hora, estaría con la señorita Brent, en la posada del Minotauro.

La posada era confortablemente anticuada, con maderas nobles,

bronces pulidos, mesas limpiamente rústicas y banquetas de gran comodidad.

El propietario, Roger, tenía muchas fotos de personalidades, dedicadas. La comida era excelente, y el borgoña francés completó la satisfacción que experimentaba Evelyn.

Fuera, ya era noche cerrada. Estaban sentados junto a un fuego de troncos, y los bebedores de la localidad iban acudiendo, formando grupos y añadiendo pintoresquismo a la atmósfera dickensiana.

Uno de los más vetustos bebedores anunció a todos los oyentes:

—He visto que están sacando al aire otro cadáver. Otro pobre chiflado que, en vez de quedarse quieto, debió escaparse.

Y rió, complacido.

Preguntó Roger:

—¿Quién es esta vez?

—No sé. Hay un «guripa» vigilando la tumba, por si alguien quiere meterse dentro antes de tiempo. Fui allá a echar un vistazo, pero estaban todos intentando sacarle las huellas a la caja. Supongo que debe ser contrario a la ley, sacarle a uno al exterior, sin pedirle permiso.

Volvió a reír, cloqueando y desparramando cerveza por su barba.

La hilaridad no fue contagiosa. La gente más joven en el bar, aquéllos entre treinta y cincuenta, no encontraban nada chistosa la muerte.

Roger acudió a una señal de Holigan. Y comentó:

—El tema es poco apetitoso, digo yo. Después de todo, no deben estar muy bonitos. Todos estropeados y feos. La otra noche tuve una pesadilla. No, no, gracias. Tengo que vigilarme el peso. Ya rondo los cuarenta años y los sesenta kilos.

—Se quita diez y se añade dos. Es un frívolo coqueto —rió Holigan.

Rió también Roger, exponiendo:

—Circula un chismorreó acerca de la posible femineidad de mi carácter, señorita. Es envidia. Bien, como les contaba, tuve una horrible pesadilla y los veía saliendo, todos grises con dientes amarillos y largos. Un asquito. Esta noche estoy en baja forma, preciosa. Siempre me impresionaron los zombies, hasta cuando era

jovencito, y quería morir antes de los treinta, bello y sin médula. Por cierto, por entonces conocí a una joven como usted. Toda vestida de negro y severa. El tipo clásico de institutriz bonita pero fría. Rediez... Luego me asusté y salí corriendo.

—¿Acaso era ella una zombie? —sonrió Evelyn ácidamente.

—Tiene sentido del humor su compañera, Holigan. Me gusta. Es una pena que yo no le guste a ella.

—¿Cuándo empezó toda esta historia acerca de zombies?

—Siempre han existido leyendas. Y supongo que habrá leyendas en torno a cualquier cementerio grande, y éste que disfrutamos es enorme. Pero desde hace ya tres meses hay epidemia de chiflados, que proclaman que las verjas del cementerio se abren a la una de la madrugada y todos los cadáveres se dan un paseo por el norte de Londres. Naturalmente, regresan antes del canto del gallo. Personalmente, no acabo de creerlo. Y no me canso de repetir, por si acaso, que es imposible.

—¿Se trata de algún zombie en particular? —sondeó Holigan.

—No. No hay muchos cadáveres célebres enterrados allí.

—¿Cómo empezó el rumor?

Roger arrugó los labios con mohín de disgusto.

—Una parejita entró en mi bar cerca de las diez de la noche. Supongo que habrían estado haciéndose el amor o como sea que se llame eso de retozar por la naturaleza. Afirmaron que habían visto abrirse la puerta de un panteón. Lógicamente, corrieron que se las pelaban.

—Por lo tanto, no era ningún borracho el que lo dijo.

—Pero ¿qué puede esperarse de adolescentes acoplándose en la alta hierba? Deberían las autoridades vigilar mejor el lugar.

Bostezó Evelyn delicadamente, repicándose con los nudillos en los labios.

Afirmó:

—Hay algo muy poético en hablarse de amor entre tumbas.

Roger rebatió, solemne:

—La poesía nunca debe ser tan extenuante, rediez.

Cuando salieron de la posada, las farolas amarillentas de la calle eran apenas visibles en la húmeda niebla. Y el aire olía a moho.

Al otro lado de la carretera estaban las verjas góticas y la silueta de una capilla funeraria de estilo barroco.

Y más allá, en la negra nada, extendiéndose ladera arriba por media milla aproximadamente, estaba el cementerio. Lleno de raros susurres, ramas crujientes y matorrales estremeciéndose.

Y la terrible quietud de la muerte.

Preguntó Holigan:

—¿No te atrae la perspectiva de pasar una noche por allí?

—Necesito descansar siempre mis ocho horas reglamentarias.

¿Por qué no vas tú?

—Muchacha... Ya sabes que a mí me espeluzna la oscuridad en el campo.

## CAPÍTULO III

Archer Holigan no era místico, pero encontró agradable estar aquel domingo por la mañana en una especie de templo.

Acudió con Evelyn porque Lazarus Crichton le había enviado una nota breve:

«Holly, haragán escéptico, ven domingo por la mañana a mi refugio de paz».

Lazarus Crichton había sido el capellán de la compañía de paracaidistas que al servicio de la ONU trató de poner orden en una comarca africana.

En aquella compañía estaba encuadrado Holigan.

Lazarus Crichton había resultado un capellán temerario, batallador y excéntrico. Lo expulsaron del cuerpo castrense por exceso de independencia.

Y fundó su propia secta. La de los Fervientes Adoradores de la Reencarnación. Le fue concedido permiso. Y halló refugio en una confortable casona de Highgate, con templete datando de la época de Guillermo *el Grande*.

En aquellos momentos, Lazarus Crichton resultaba impresionante, vestido enteramente de negro, y leyendo con voz sepulcral párrafos tétricos.

Tenía el cráneo calvo y brillante. Y ojos y mandíbulas de perro pachón triste.

—El hombre no está muerto, sino dormido —entonó, da pronto.

Holigan dio un suave codazo a Evelyn, que escuchaba ávidamente.

Susurró ella:

—Está aprovechándose de la situación, el buen hombre.

—Depende de lo que sepa. A lo mejor, solamente hace florituras.

Lazarus Crichton estaba declamando una magnífica pieza oratoria acerca de la ilusión de la muerte y los poderes milagrosos. Los fervientes estaban muy impresionados.

Y de pronto supo Holigan por qué Crichton le había invitado a asistir al acto.

Decía el pastor, con voz honda:

—Os traigo una prueba positiva, hermanos míos, de que la vida es inextinguible. Aquí viene un hombre que se levantó de entre los muertos, y oiréis su testimonio.

Un repentino hálito helado recorrió la atmósfera del templo druida. Y una puerta tras el ara se abrió, chirriante.

Los fervientes estaban como congelados de estupor y algo de pánico.

Tras unos instantes de expectación, una figura, arrastrando los pies, emergió de la penumbra.

Permaneció parpadeando en la tarima.

Resultaba, como la mayor parte de los efectos teatrales de Crichton, del peor gusto posible, pensó Holigan.

El hombre era viejo, estaba sin afeitar, vestía ropas sucias y desgarradas, y cuando una mujer gimió audiblemente, él pareció más asustado de ella que ella lo estaba de verle a él.

—Este hombre es Jasper Rains. Lo encontré ayer, en el cementerio, errabundo entre las tumbas y en estado de letargo...

Holigan cogió la mano a Evelyn, llevándola rápidamente fuera del local. Contornearon por el patio hasta el vestuario, que era la exsacristía.

Esperaron allá, y pocos minutos después, vieron a las dos docenas de gente ya madura y rara desfilando silenciosamente y con aspecto de sentirse reconfortados a la luz del día.

No había habido conversaciones en masa, ni escenas de histeria, pero era de suponer que era inminente alguna clase de reacción. Tan pronto como alguien pudiera pensar razonablemente en un modo de reaccionar...

Entró Lazarus Crichton.

—¡Holigan! Cuánto celebros que hayas venido. Me dijeron que estabas husmeando el otro día por el cementerio, o sea, que te envié la nota apenas encontré a mi hombre. Has cambiado muy poco desde el tiempo de tu servicio militar.

—Usted tampoco ha cambiado mucho.

Crichton estrechó la diestra de Evelyn. Luego, empujó hacia adelante al resucitado.

Jasper Rains tenía aire de hallarse algo confuso.

—No te pongas nervioso, Jasper. Estuviste soberbio. ¿Verdad que resultó impresionante, Holigan?

—Y tanto. Me recordó aquellas Navidades en que usted trajo al campamento a dos

mau-mau

caníbales, como demostración de amor fraternal...

Meneó Crichton la cabeza, apesadumbrado.

—No debieron ametrallar a los pobrecillos.

—Olvida usted, pastor, que sus dos caníbales venían ondeando una sarta de bombas de mano en ristra.

Colocando la diestra sobre el hombro de Rains, declaró el expastor:

—El mundo escéptico y cruel no asimila la realidad de que el amor amansa hasta a las fieras más ariscas. ¿No es así, señorita?

Evelyn estudiaba atentamente la expresión de Jasper Rains.

Le preguntó, de pronto:

—¿De qué murió usted?

—¿Eh? Ah, pues no sé. La gente como yo se limita a morir, señorita. No gastamos enfermedades caprichosas ni medicinas caras. Nos morimos. Así. Sin más.

—¿Qué decía el certificado de muerte, Rains?

—No estaba yo en posición apropiada para poderlo leer, señorita.

—¿Qué día murió?

—No llevaba cuenta de los días. Era antes de la Pascua Florida.

—Seguimos estando antes de la Pascua de Resurrección, Jasper.

—Ah, entonces he muerto recientemente. Era un día de la semana.

—¿Dónde vive?

—Normalmente, duermo por los matorrales cuando el tiempo es bueno. Pero paso el invierno por las granjas, donde, salvo que hay que trabajar un poco, le dan a uno pitanza, calor y cama.

—¿No tiene un trabajo fijo? —intervino Holigan.

—No, señor. Me inscribí en los parados, pero no hay manera...

Notaron, de pronto, que en el patio exterior había alboroto.

Los fervientes iban reaccionando.

Habían decidido quedarse por las proximidades, telefonar a la policía, y alguien había avisado a la Prensa.

Cerca de un centenar de personas se agrupaban en torno a la empalizada, y parecían excitados.

Dijo Holigan:

—Hay que darse prisa, Lazarus. ¿Qué intentaba usted hacer con este hombre?

Lazarus sonrió, beatífico.

—Es todo tuyo, mi querido muchacho. Yo ya he demostrado mi punto de vista básico doctrinal. O sea, que llévate. Para esto es por lo que te llamé.

La ventaja de conducir un «Hilman-Caravan» es que se entra rápidamente. Evelyn y Jasper se instalaron atrás.

Holigan condujo, sin exagerar la aceleración, pendiente abajo del césped. Atravesaron el umbral de verjas, sin que nadie los detuviera.

Algunos puños se agitaron y varias mujeres gritaron insultos, pero atrás quedó el templo de la Secta de los Fervientes.

Cuando el coche aumentaba su velocidad hacia Kentish, preguntó Evelyn:

—¿Y ahora qué vamos a hacer, Arch?

—No sé bien. Primero, lavar a nuestro amigo y embutirle en ropas limpias...

—¡No pueden hacerme esto a mí! —protestó Rains, indignado.

—Y comeremos algo. Un poco de ensaladilla rusa y *gulach*...

—¡Yo no comeré bazofia! —Gruñó Rains—. Aquel vicario o lo que sea dijo que se cuidaría de mí.

—Vivir en el templo de Lazarus Crichton le habría resultado muy fatigoso, buen hombre —dijo Holigan—. De todos modos, esta noche le dejaré dormir a su gusto, por el campo.

—La muerte no es una dolencia, ni siquiera una destrucción completa de los órganos. Es la simple ausencia de vida. El corazón deja de latir, y, cuando esto sucede, es posible que los nervios cesen sus comunicaciones al cerebro, o quizá el cerebro cese de registrar estas comunicaciones. Aunque, naturalmente, también con

frecuencia, el cerebro deja de registrar sensaciones mientras aún tiene vida el cuerpo. Y los nervios funcionan aún hasta que el cuerpo llega a estar totalmente consumido, lo cual puede comprobarse pasando una corriente eléctrica a través de órganos de un cadáver; todavía se mueven. Me temo que todavía no estamos muy impuestos acerca de lo que es un muerto. Sabemos únicamente que vive aquél cuyo corazón late y funciona.

Meditó Holigan que los científicos resultaban, a veces, profundamente ignorantes.

El doctor Vance era un hombre rechoncho, con barbita en punta y las fosas nasales dilatadas como si oliera permanentemente algo fétido.

Era director del Departamento de Investigaciones Científicas desde hacía cerca de un año, desde que murió su predecesor. Hablaba como un profesor fatigado.

—Si yo supiera cómo devolverle la vida a un cadáver, sería millonario. Pero es posible que nosotros, los investigadores, nos encontremos cerca de una respuesta dentro de unos quince años.

Rebatió Holigan:

—Alguien ya conoce la respuesta.

—Lo dudo. Hay técnicas para revivir el corazón, pero tienen que realizarse muy pronto tras la muerte, y no duran mucho. Todo depende de la causa de la muerte.

Explicó Holigan lo referente a Tom Larkin. Preguntó el doctor:

—¿Cuál fue la causa de la muerte?

—Ataque cardíaco, la primera vez. La segunda vez fue atacado por un chimpancé.

—Supongo que no sabe cuánto tiempo estuvo transitando, o digámoslo de otro modo, ¿cuánto tiempo transcurrió entre su primera muerte y su retorno a la vida?

—No. Solamente sabemos que fue enterrado. Por consiguiente, tuvieron que pasar bastantes horas.

—Esto es muy interesante. Supongo que sabrá usted qué hacemos aquí, en mi departamento: investigaciones sobre la patología de la muerte. Debería ser un secreto total, pero creo que mucha gente lo sabe. Los trabajos fueron iniciados por el profesor Frolick, hace unos cinco años. Su muerte fue un gran golpe.

—Irónico, también, de paso.

Pero el doctor Vance no era hombre que perdiese el tiempo en sutilezas.

—Este individuo que ha mencionado, Larkin, dijo que trabajaba aquí.

Fue compulsando su fichero desdeñosamente, hasta leer la cartulina correspondiente a Larkin, Thomas.

—Sí, estaba a cargo de los animales. Hacemos mucho trabajo experimental aquí, y, lógicamente, son esenciales los grandes mamíferos. Quizá el individuo estuviera inconscientemente siguiendo una rutina laboral, la misma que efectuaba cuando estaba vivo. Después de todo, treinta años en el mismo trabajo es mucho tiempo, y pudo entrar en la jaula del chimpancé, por puro instinto.

—¿Podría usted hacerme los honores de los laboratorios? Soy profano en la materia, pero tal vez haya algo que más tarde me sirva para atar cabos.

La pieza más melodramática era un corazón humano en un acuario de cristal, bombeando sangre a través de una serie de tubos también de cristal.

Explicó el doctor Vance:

—Este corazón podría ser trasplantado a un hombre que sufriese de trombosis. En teoría, Pero en la práctica, la operación es aún demasiado compleja, y el paciente moriría.

—Y este pez, de aspecto repelente y enfermizo, ¿qué hace allí dentro?

—Es un cerebro humano. Estamos muy orgullosos de poseerlo, ya que está totalmente vivo.

Holigan miró fijamente el frasco varios segundos.

—Vivo, ¿eh? Es curioso, ya que no parece tener vida. ¿De quién era?

—Del profesor Frolick.

Giró Holigan la cabeza, sorprendido.

—¿El director precedente?

—Cedió su cerebro al departamento.

—¿Dónde está su cuerpo?

—Fue enterrado, naturalmente.

Rectificó Vance:

—Mejor dicho, fue incinerado, también por su voluntad testamentaria.

Holigan regresó a su piso, vagamente inquieto.

Le resultaba increíble suponer que pudieran existir zombies paseándose por Londres.

Y, sin embargo, era indudable que Tom Larkin había muerto dos veces. Y entre ambas muertes habían transcurrido meses.

## CAPÍTULO IV

Cuando Holigan llegó a su piso, había tumulto.

Jasper Rains estaba encerrado en el cuarto de baño.

Evelyn Brent trataba de librarse de una conferencia de Prensa, y un rubicundo taxista, a un lado de la puerta, clamaba:

—¡Sin alborotarse, muchachos, sin apelotonarse!

—¿Qué pasa aquí? —quiso saber Holigan.

—Estos periodistas dicen que un hombre llamado Rains está viviendo aquí.

Holigan señaló la placa junto a la puerta.

—Bien claro está que vive Holigan, Archer Holigan.

Un periodista indagó:

—¿Quién está encerrado en el cuarto de baño?

—Por favor, no entremos en intimidades ajenas.

Y volviéndose hacia el taxista, preguntó:

—¿Qué quiere usted?

—Son las tres, señor. La hora de su cita para comer.

Baxter acudía con su disfraz de taxista para llevar a Holigan a repentinas comilonas con el hombre que Baxter insistía en llamar el Gran Patrón.

La rutina de viejos estilos imperaba todavía en el comisario de S. I. (Seguridad Interior), y nunca telefoneaba una instrucción u orden cualquiera.

Prefería enviar al agente Baxter, convocando para una cita secreta.

—Tendrá que esperar mientras brego con estos condenados periodistas. ¡Señorita Brent! Saque fuera a Jasper Rains.

Hizo ademanes, que resultaron ineficaces, en solicitud de calma.

—Señores, por favor, no formen tanto follón, y obtendrán todas las noticias que quieran, sin necesidad de convertir esto en un corral.

Los periodistas estaban ya aglomerados en torno al asustado Rains. El ametrallamiento de preguntas se aquietó al aparecer Evelyn portando una gran bandeja con vasos y un frasco de *whisky*.

Pudo entonces Jasper Rains tener una oportunidad de contestar a las preguntas:

—¿Qué tal resulta estar muerto?

—Pues como cualquier otra cosa. Se acostumbra uno...

—¿Dónde le encontraron?

—Me encontró en el cementerio el tipo ése, bueno, el vicario, y me dio un excelente desayuno...

—¿Cuántos días llevaba usted muerto, Jasper?

—Tres.

—¿Qué hay de una exclusiva, Jasper? Cincuenta libras.

—¡Doy cien!

—¡Ciento cincuenta!

Los sabuesos de las noticias se lanzaron hacia el teléfono para preguntar a sus editores hasta cuándo podían ofrecer en subasta. Y mientras estaban luchando por el aparato, el reportero que había ofrecido los cien en mano se escurrió fuera del piso con Jasper Rains.

No tardó diez segundos en vaciarse el piso.

Apremió Baxter:

—Su cita, señor.

—Voy al instante, Bax.

Y sonriendo a Evelyn, afirmó Holigan:

—No estés preocupada, muchacha. Pronto averiguarán que Jasper Rains era un fraude. He estado husmeando algo sobre su pasado. El compadre nunca fue enterrado ni nunca se extendió certificado de su muerte. Mi amigo Lazarus, como siempre, se precipitó demasiado en sacar consecuencias.

—Pues yo creo que hay algo más en todo ello, Arch. Voy pitando tras los periodistas.

Minutos después, en el taxi, Baxter rió, meneando la cabeza admirativamente.

—Vaya hembra, si se me permite la expresión. Lista y preciosa. Les dijo a los periodistas que usted era su tío por parte de padre.

—No es preciso que se esfuerce en mantener una conversación, Bax. Yo puedo muy bien soportar viajar en silencio.

—Yo, no. Éste es mi defecto principal. No puede reprocharme el sentir envidia de usted. Se pega la vidorra grande, alternando con vampiresas y espías internacionales y cenando en el Ritz, Hilton y Palace. Debería ver a mi costilla y venir a cenar patatas con coliflor alguna que otra noche.

Poco después, paraba ante un restaurante vegetariano.

—El Gran Patrón, esta semana, sigue una dieta salutífera —explicó Baxter—. Asegura que la pitanza es agradable. Siempre que uno no se exceda como un cerdo.

—Procuraré no excederme.

Empujó Holigan la puerta cristalera giratoria, sintiéndose completamente desplazado, en aquel lugar de comedores de hierba y bebedores de jugos de fruta.

Un hombre rechoncho, de cabellos grises tupidos, alzó la vista de su plato conteniendo un bisté de nueces y apio.

Ondeó la mano.

—¡Hola, Arch, amigo mío! Contento de verle llegar a tiempo para comer. Siéntese. ¿Qué tal se encuentra?

—Gracias, señor; por ahora me encuentro bien.

—¿De veras?

Y la penetrante mirada del Gran Patrón escrutó a Holigan.

—Tiene buen aspecto, pero nunca es bastante pronto para vigilarse la presión de sangre. Leí el otro día que el veinte por ciento de la población mundial muere de enfermedades del corazón. Carne, vinos, coñac, todo eso. ¿Y qué hay con este tabaco que no para de fumar, Arch? Me preocupa su salud, muchacho.

—Gracias, pero no creo, señor, que...

—Estoy pensando en darle instrucciones al cajero para que abone solamente las notas de comidas y cenas en este restaurante.

Sonrió Holigan débilmente.

—Esto aumentaría en mucho la partida de gastos por viajes, señor. A mi entender, sería mejor hacer una recomendación general para que los funcionarios acudan aquí.

Holigan denegó con la cabeza, al aproximarse el camarero con la minuta.

—No, gracias, ya comí antes de saber que iba a ser invitado. Tráigame un poco de té.

El Gran Patrón recriminó:

—No me extraña que tenga mala cara, Arch, si no come decentemente.

Y masticó vorazmente una cucharada de zanahoria rallada.

La deglutió con cara de asco, y preguntó:

—¿Qué demonios están haciendo esos muertos que se pasean por Londres?

—No lo sé, señor. Pero el que ha movilizadado a la Prensa hoy era un impostor. Nunca le devolvieron a la vida.

—¿Quiere usted insinuar que seguía muerto?

—Siempre estuvo vivo. El resto se refiere a Tom Larkin y rumores. ¿Conoce al doctor *sir* Lewis Vance?

—Sí. Un burócrata. La clase de tipo idóneo para ser arrinconado en la dirección de aquel departamento. Derrochará dinero en sus chifladuras experimentales, y probablemente nos matará a todos con sus inventos, pero no es ningún criminal. Su vicio es que carece de ambición. Espero que no estará usted imaginándose que él pueda estar detrás de todo este jaleo de los supuestos zombies...

—Por ahora, solamente me chocó la coincidencia, ya que su departamento trabaja en la patología de la muerte.

—¿Por qué no intentará curar el reumatismo de los vivos?

—No lo sé, señor.

—Era una pregunta retórica, Arch. Descanse, no intente darme respuestas a todas las sandeces que yo pregunte. Hace unas semanas hice comprobar las actividades de Vance, debido a que se estaba muriendo demasiada gente en su órbita. El ministro quería saber las razones. Podía tratarse de un exceso de radiación o algo semejante, y también de juego sucio.

Holigan saboreó su té con menta, y aguardó las conclusiones.

—No ocurría nada anormal ni equívoco en el lugar. Colocamos un agente en el Departamento de Investigaciones Científicas, como es lógico, y nos informó que el lugar estaba por encima de toda sospecha.

—¿Sigue vivo?

—Sí. Y continúa allí.

Jasper Rains estaba muerto.

Yacía en la desierta tumba donde debió estar Thomas Larkin.

Sus brazos estaban cruzados sobre el pecho.

Y sus manos sostenían su decapitada cabeza.

Una estaca de madera le atravesaba el corazón.

Prendida con alfileres en su chaqueta había una nota escrita con mayúsculas:

«INTENTA RESUCITAR OTRA VEZ AHORA»

Los periodistas hormigueaban en torno, y los fotógrafos se montaban unos encima de otros, mientras Evelyn Brent regresaba a su coche.

Trataba de apartar de su mente la visión de la cabeza de Jasper.

Intentaba concentrarse en recordar el aspecto del periodista con el cual se había marchado, vivo, Jasper Rains.

## CAPÍTULO V

Telefonó Holigan para asegurarse de que Evelyn seguía sana y salva.

Escuchó su relato de la muerte de Jasper Rains, y quedó de acuerdo en acudir a cenar a su ático.

Era uno de estos altillos que en vez de paredes tenían cristales, y que en Suiza suelen estar en la ladera soleada de las montañas.

Pero aquel ático se hallaba en la cima de un bloque de pisos en el punto más elevado de Hampstead.

Se divisaba toda la ciudad, acurrucada en el valle del Támesis. Sentíase uno poderoso como un águila.

Las luces de Londres resultaban luciérnagas, y la gente, hormiguitas desplazándose agitadamente.

—Este mirador ha de resultar un tábano para tu complejo de superioridad, muchacha.

Ella replicó ácidamente:

—Celebro que hayas venido a honrarme con tu supuesto humorismo barato.

—Todo entero a tu servicio.

Y señalando los cristales, añadió Holigan:

—Falta algo. Un par de limpiaparabrisas. Así no vemos dónde va tu avión íntimo, Evelyn.

Fue a sentarse Holigan en un sofá diseñado para que seis personas pudieran dormir confortablemente.

—Me callaré, pero siempre he encontrado extraño que un ático de este tamaño no esté dividido en cuartos. Estos distintos niveles y particiones permiten saber dónde se come y dónde se mira la «tele», pero aparte el aseo y tu cama, invisibles como corresponde, aquí uno no puede escapar de ser visto siempre.

—Me alegra que te quedes a cenar. Hay un programa acerca de los zombies, que nos interesa ver.

La cena, aunque iniciada con jugo de tomate, consistió en un voluminoso solomillo, patatas salteadas y crema quemada con fresas.

Las cenas silenciosas sentaban mucho mejor, afirmó Holigan. Hacia el final, preguntó Evelyn, de pronto:

—¿Es de toda confianza Roger, el dueño del Minotauro?

—¿En qué sentido?

—¿No podría estar mezclado en este repelente asunto de zombies?

—¿El? Ni soñarlo...

—No me gustó.

—Será por intuición femenina que tienes, Evelyn. Ultimamente, le sucedió algo que le hace hostil a esta moda del «unisex». Le hizo la rosca a una joven criatura, que parecía muy propicia, y resultó ser una chica. Lo cual escandalizó profundamente al delicado Roger.

El coñac era excelente. La música del tocadiscos, melódica y acertada. Era una de aquellas noches en que nuevamente Holigan empezó a sentir hartura de ser soltero, habiendo mujeres como Evelyn.

Preguntó ella, rompiendo el encanto:

—¿Por qué crees que asesinaron a Jasper Rains?

—Jasper era un vagabundo. No lo asesinaron por ningún móvil corriente. Debió, simplemente, inmiscuirse en el terreno de alguien, al proclamarse zombie, no siéndolo.

Bebió otro sorbo Holigan, y prosiguió:

—Jasper solía dormir en el cementerio porque en los brezales del campo era frecuentemente importunado por la policía. Y estaba durmiendo en el cementerio, sin saber que circulaba rumor de zombies rondando. No tenía la menor idea de lo que le pasaba cuando Lazarus. Crichton le encontró el sábado por la mañana, y le habló acerca de la vida después de la muerte.

—Debió creerse que tu amigo Lazarus era un chiflado.

—Exacto, y le siguió la corriente. Dijo que sí cuando Lazarus quería que dijese que sí, y mientras se pegaba el gran desayuno, aceptó también hacer una aparición en el templo de los Fervientes. Creyó, posiblemente, que ya tenía albergue y pitanza en firme. Tuvo mala suerte: le asesinaron casi inmediatamente.

—Fue asesinado por un hombre macizo, de unos cuarenta años, con cabello cenizoso y un leve acento escocés, que se hacía pasar por periodista.

—Magnífico. ¿Los otros periodistas le conocían?

—No. Nunca le habían visto antes.

El aparato de televisión estaba oculto en un estante.

Evelyn descorrió el velo, para presenciar el programa zombie.

Las luces fueron centrándose, y apareció un rostro sonriente en la pantalla.

—¿Qué quiere que compremos? —indagó Holigan, aburrido.

—Otro jabón en polvo. Especial. Además de dejar la ropa más blanca, taponan los descosidos. Y de premio dan un helicóptero.

—¿Cuándo lo dan?

—Cada primero de mes. El helicóptero es siempre el mismo, pues la que cambia es la parienta del fabricante.

Por fin, la tanda de fastidiosos anuncios terminó, y empezó el programa documental, con una dramática panorámica de un cementerio.

A lo lejos, una comitiva de funeral, moviéndose lentamente en la línea del horizonte. La música era de violines lastimeros. El redoble de tambores en sordina, resultaba una nota añadiendo más toque macabro a lo que de por sí ya era siniestro.

Una voz muy grave anunció:

—Esta noche les ofrecemos un programa especial porque en el norte de Londres... ocurre algo increíble y, sin embargo, verdadero.

En cuyo momento, la pantalla encuadró a un joven muy serio, erguido ante el templo de Lazarus Crichton, con un micrófono en la mano.

—Esta mañana, en este antiguo templo druida, el pastor disidente reverendo Lazarus Crichton creó la mayor sensación en la historia de las sectas místicas...

Siguió declamando.

Poco después, el escenario cambiaba.

Lazarus Crichton, vestido enteramente de negro, chupando una enorme pipa retorcida, sentado en su estudio repleto de estanterías con libros de toda índole, empezó a explicar gravemente cómo había encontrado a Jasper Rains en el cementerio.

—Circulaban rumores desde hacía más de una semana sobre idas

y venidas poco normales en el cementerio, por lo cual, naturalmente, llevaba esta impresión en mi subconsciente, cuando encontré a Jasper.

—¿Le conocía de antes? —preguntaba una voz en *off*.

—Nunca jamás le vi hasta entonces. Era evidente que sufría los resultados de hallarse a la intemperie, y proclamaba hallarse allí desde el miércoles. Muerto.

Crichton hacía una pausa solemne.

—No podía explicarme razonablemente lo que estuvo haciendo durante aquellas tres jornadas. Supongo que debí haber sido algo menos crédulo y más escéptico, pero como todo el mundo no cesaba de hablar acerca de los muertos circulando por cementerios...

Luego, fue el turno del joven muy serio, que esta vez se hallaba junto a las verjas del cementerio, con el micrófono en la mano.

Se encontraba ante un grupo de cerca de cincuenta mirones curiosos, a los cuales describía como público seriamente alarmado.

Gritó Evelyn:

—¡Mira, ahí está!

—¿Quién?

—¡El hombre que se llevó a Jasper!

Un individuo, en la última hilera de la muchedumbre, acababa de apartarse bruscamente, y estaba apresurándose colina arriba, tras las piedras y mármoles fúnebres.

Pero en aquel momento, tocaba el anuncio.

Y al ponerse en pie, Holigan fue invitado a comer la mejor de las sopas. Bastaba añadir un sobre con polvos a un buen calcio de gallina.

—¡Vamos, aprisa, muchacha! —apremió Holigan.

Evelyn corría al nivel siguiente para mudarse de zapatos y coger un abrigo-capa, mientras Holigan miraba la escena en la pantalla. La modelo era fenomenal.

Se pasaba el largo cuello de un frasco por los labios golosos, y luego suspiraba, afirmando que beber vodka desde el amanecer fortalecía mucho la dicha de vivir.

Y de pronto, una voz anunciaba:

—El hombre misterioso que se llevó a Jasper Rains del templo esta mañana, es un agente del Servicio de Policía Interior, cuya identidad se mantiene en el más estricto secreto.

Saliendo del ático hacia el ascensor, suspiró Holigan.

«¿Acaso había nada secreto en los tiempos actuales, en todos los servicios secretos?».

## CAPÍTULO VI

Ahora no había gente en las afueras del cementerio.

El programa de televisión había sido filmado antes del atardecer.

—Hay dos esperanzas —había explicado Holigan, por el camino—. El falso reportero estuvo por ahí antes que las cámaras, debido a que se hallaba merodeando, y la curiosidad le hizo aproximarse. Y la otra esperanza es que descubramos lo que está pasando en este cementerio.

—¿Por qué en éste precisamente, Arch?

—Los rumores se han centrado aquí. Y si hay zombies, no creo que se pasen la noche jugando al parchís.

Aparcaron el «MG» de Evelyn en el patio exterior del Minotauro. Entró Holigan para comprar media docena de bocadillos y un frasco de coñac, en previsión de que la noche fuera larga y fría.

Fueron remontando la colina, en busca de un sitio adecuado desde donde escalar la tapia.

Halló Holigan un viraje a oscuras, en la carretera. Se izó al borde del muro, y, cabalgándolo, se inclinó para ayudar a Evelyn a subir.

Cuando ya estaban al otro lado, murmuró ella:

—¿Qué piensas de los zombies, Arch?

—No creo en ellos.

Todo estaba espantosamente quieto entre las tumbas, y no había la menor luz.

Agregó Holigan:

—Normalmente, no creo en ellos.

Los arbustos crujían y los matorrales susurraban.

Meditó Holigan que un poco más de claro de luna habría sido muy conveniente.

Era una extensión poblada de hierbajos y yedras. Las tumbas estaban agrietadas, rotas y descuidadas.

Las siluetas de columnas quebradas se hacían visibles, recortadas contra el cielo.

Tenían que avanzar lentamente porque el suelo era duro y sus pisadas levantaban eco por aquel laberinto de senderos.

Decidieron caminar por el linde barroso ascendente hacia aquella fantasmagórica terraza circular de catacumbas.

Susurró ella:

—Éste es el lugar más horrendo de toda Inglaterra.

—Lo que digo yo siempre es que, mientras uno esté vivo, no tiene muchos motivos para quejarse.

—Ojalá no tengas que quejarte pronto.

Penetraron por una alameda, y, sobre la punta de los pies, fueron pasando entre panteones.

Miraban nerviosamente a uno y otro lado.

Los portalones y verjas colgaban de sus goznes, y los hierros se retorcían, llenos de herrumbre rojiza.

Algunos de aquellos panteones estaban en perfecto estado.

Por esta misma razón, resultaban aún más alarmantes.

¿Quién, un siglo después, se cuidaba de pulimentar las lápidas y los mármoles y las estatuas?

Al deslizarse bajo la arcada y extenderse ante ellos las catacumbas, la imaginación de Evelyn trabajaba a pleno rendimiento.

Hasta podía oír movimientos.

Si cada una de aquellas celdas de cemento alojaba a un zombie, ¿cómo iban a poder ellos dos escapar?

¿Qué hacían los zombies, cuando agarraban a un vivo legítimo?

Cuando llegaron a la ladera recubierta de hierba, ella se dejó caer al suelo, en un estado rayano en el pánico cervical.

Jadeó Holigan:

—Acamparemos allí, en aquel puente.

La levantó, cogiéndola por un brazo y conduciéndola hasta el lugar desde donde podían verlo casi todo.

Salvo que todo estaba a oscuras.

Las catacumbas se hallaban directamente bajo ellos, y más allá, se erguía la amenazante sombra de un osario.

Un reloj de campanario desgranó con lentitud macabra once campanadas. Musitó Holigan:

—Toma un poco de coñac. Te reanimará algo. Hace frío, ¿eh?

—Tengo la misma médula helada.

Aguardaron cerca de una hora, antes de que sucediese nada.

Evelyn, tras tanto acechar las sombras, construía criaturas monstruosas de cada forma de matorral.

Oía ulular a una lechuza de vez en cuando.

Susurró:

—¿Hay lechuzas en abril?

—No creo que sea una fruta de temporada.

El coñac la iba animando.

Después de un buen rato, empezó a tranquilizarse.

Su sentido común le dijo que si alguien estaba rondando por el cementerio, solamente podría ser un vagabundo.

En todo caso, alguien todavía más asustado que ella.

Susurró:

—Ya no llueve.

—Hace una hora que dejó de llover. Ya salió la luna, cabalgando a través de aquellas nubes corretonas. Es muy efectivo este resplandor limar. Fíjate allí. Aquellas extrañas sombras que crea la plata lunar al fondo de la colina. Debiste traer tu libreta de dibujo, muchacha.

—¿Qué clase de bocadillos conseguiste, Arch?

—Salmón. De lata. Prueba uno y, si es indigerible, lo echaremos a los buitres.

—Tengo ham... hambre...

Súbitamente, estaban ambos de pie.

Deslizándose de lado hacia el conjunto de nichos.

Desde allí, alguien acababa de reír.

Holigan cogió la mano de Evelyn, desplazándose rápidamente hacia la esquina.

Una silueta subía ruidosamente los peldaños.

Alguien más había oído el chiste.

Holigan se tendió junto a una tumba, y atrajo a un lado a Evelyn. Esperaron ocultos, mientras tres individuos más acudían hacia la risita.

Entre los cuatro, prontamente apresaron a la pareja de enamorados. La muchacha chilló, y el hombre trató de discutir y pelear. Pero en un instante fueron reducidos.

Evelyn acechó cómo se llevaban casi a rastras a la pareja, peldaños abajo y hacia el muro oriental del cementerio.

Murmuró Holigan:

—La vigilancia es buena. No tardarán en volver.

Condujo a Evelyn al interior del círculo de catacumbas hasta que llegaron bajo los nichos.

No había indicio de escondite alguno. Ninguna luz tras ninguna puerta, ni ninguna tumba abierta.

No podían sino esperar hasta que los cuatro vigilantes regresasen.

Preguntó Evelyn:

—¿Qué le harán a la parejita?

—¡Ssss!

Los cuatro hombres regresaban.

Caminando ruidosamente, pero sin hablar. Igual que antes.

Había algo verdaderamente raro en su postura, algo rígido, poco natural.

Un escalofrío recorrió el espinazo de Evelyn.

Ya podía comprender por qué el chimpancé había enloquecido.

Aquellos cuatro... entes... eran cuatro muertos.

Sintió ella la presión de la mano de Holigan en su codo. Le ordenaba que se quedara en aquel entrante, al pasar ante él.

Luego fue siguiendo Holigan, a solas, a los cuatro.

Los alcanzó cuando se hallaban ante la entrada de un grotesco mausoleo tras un gran roble.

Dijo Holigan, cortésmente:

—Disculpen... ¿Pueden decirme cómo se sale de este círculo de catacumbas?

La reacción fue lenta.

Las cuatro caras se volvieron, mirándole con incredulidad.

Se separaron para formar un anillo en torno a él.

Añadió Holigan:

—Escuchen, yo simplemente quería saber...

Repentinamente, entraron en acción.

Se abatieron sobre Arch, derribándolo.

Lo arrastraron hacia el mausoleo.

Evelyn aguardó hasta que la piedra corrediza de la entrada volvió a estar en su sitio.

Archer Holigan se encontró en un cuarto frío, oliendo a humedad.

De unos cuatro metros cuadrados de ancho y dos y medio de alto.

Sus paredes eran de piedra desnuda, y la única fuente de luz era una vela goteando en el suelo.

Por la oscilación de la llama, dedujo que el aire era extremadamente pobre en oxígeno allí dentro. Pero no podía hacer nada para remediar la situación.

Sus manos estaban atadas a la espalda, y un pañuelo de mal sabor atiborraba su boca.

En una esquina había un par de ataúdes podridos, y en otra, una minirradio.

Uno de los zombies estaba gruñendo en la rejilla del micro:

—Le atrapamos prisionero, doctor, porque nos vio entrar en la tumba. Es el hombre que estaba con la policía, cuando abrieron la tumba de Tom Larkin.

Era una voz desprovista de interés e inflexión.

Y al igual que el que estaba vigilando a Holigan, permanecía sentado, mirándole, sin parpadear, dirigiéndole la punta de una pistola al estómago.

Los otros dos estaban sentados contra la pared. Sin hacer nada.

El que acababa de hablar por la radio, anunció:

—El doctor vendrá mañana. Te guardaremos aquí.

Se volvió hacia el centinela:

—El doctor dijo que lo pusiéramos en uno de los ataúdes, pero no creo que quiso decir que primero le matásemos.

Dos zombies colocaron sus heladas manos sobre Holigan, y le empujaron hacia la esquina.

En seco empujón, que le hizo caer sobre una de las podridas cajas.

Forcejeó Holigan entre un montón de huesos, mientras le ataban los pies.

Le dejaron tendido entre unas costillas y una pelvis.

Los zombies volvieron a sentarse contra la pared, mirando, inmóviles. Después de lo que parecieron horas de vacua contemplación, los sentidos de Holigan se aletargaron.

Fuera, se oía algo. Había movimiento de alguien.

También los zombies lo habían oído.

Alguien estaba rascando en la piedra deslizante de la entrada.

De nuevo fueron horrendamente lentos en reaccionar. Durante un largo minuto siguieron inmóviles, mirando.

—Alguien sabe que estamos aquí.

Nunca había oído Holigan voces tan desprovistas de tonalidades. Repentinamente, el panel de piedra se movió, abriéndose.

Los zombies, sin cambio alguno en sus expresiones, ni señal alguna de alarma, esperaron al lado de la entrada.

Pacientemente.

Pero nadie entró.

Por fin, el más alto de ellos asomó la cabeza.

—¡Uujjj! —Gruñó.

Y cayó de espaldas dentro de la celda, sangrando por la base del cráneo.

Permaneció desangrándose en la losa del suelo.

El zombie con la pistola se agazapó contra el lado de la abertura, encañonando hacia el sitio de donde había partido el golpe.

Y asomó lentamente, pistola adelantada.

Chilló, casi como un ser humano, cuando tanto la pistola como su puño chocaron contra el suelo.

Siguió chillando al saltar Evelyn Brent, irrumpiendo al interior, hincando la punta de un largo hierro de verja en la garganta del tercer zombie.

También ella estaba chillando de una manera escalofriante.

Con un alarido de terror, embistió hacia el último zombie, esgrimiendo el hierro como Un mosquetero.

—¡Lo mato! —chilló el cuarto y último zombie.

Holigan miró hacia arriba. Hacia el brillo de una hoja de cuchillo, cercana a su corazón.

Y el cuadro permaneció congelado.

Con Evelyn amenazando al cuarto zombie, y el cuarto zombie amenazando a Holigan.

El zombie al que le quedaba una sola mano válida se retorció por el suelo en su agonía, golpeando la pared, gimiendo y sacudiéndose.

Por accidente o voluntariamente, empujó la piedra, cerrando la entrada, antes de perder los sentidos en su abundante hemorragia.

—Ahora eres prisionera —gruñó el último zombie.

Se irguió, arrojando su cuchillo hacia el pecho de Evelyn.

Lo cual era un grave error.

Evelyn saltó en diagonal, y a la vez barrió con el hierro la vela encendida.

Holigan no pudo ver lo que sucedía, pero sonaba como si la mayor parte del descalabro le estaba sucediendo al cuarto zombie.

Los gritos eran demasiado guturales para proceder de la garganta de Evelyn.

Y luego hubo el silencio.

Un denso y sepulcral silencio.

Por fin le oyó decir a Evelyn:

—Lo siento, pero creo que me puse histérica. Están todos muertos. Lo que más me aterrorizaba era la idea de que uno de ellos pudiera ponerme las manos encima.

El remanente de vela fue nuevamente encendido.

Holigan se sentó para contemplar el esparcimiento de cadáveres por el ensangrentado recinto.

Intentó sonreír.

Pero miraba fijamente la puerta cerrada.

Evelyn vino a quitarle las cuerdas y la mordaza.

—Celebro mucho que se te ocurriera la gran utilidad de un hierro de verja para atacar y mantener a distancia.

Ella le ayudó a ponerse en pie.

—Te doy la enhorabuena, sin el menor resquemor varonil.

Pasaron por encima de los cuerpos definitivamente sin vida.

Fueron a palpar, a empujar, a golpear con el hierro, la enorme piedra.

Sin el menor resultado positivo.

Estaban prisioneros.

## CAPÍTULO VII

—Estamos prisioneros —dijo Evelyn.

—Esto me parece. Es una lástima que dejásemos el coñac y los bocadillos en el puente.

Ella estaba lívida. Todavía jadeante por el esfuerzo nervioso.

—Fue una estupenda matanza, muchacha. Ya quedas nombrada miembro efectivo de mi pandilla, aunque seas una mujer. Indudablemente, los días de Lilian Rose Violet ya pasaron a la historia. Por suerte para mí, en estos momentos y circunstancias. Lilian se habría desmayado.

—Opino que estos zombies deben ser muy delicados. Quiero decir, que se derrumbaron como gelatina...

Holigan fue a sentarse ante la radio.

—¿Entiendes de estos juguetes, Evelyn?

—No. Eso es trabajo de hombres.

—No podemos enviar por un hombre, querida, debido a que no tenemos teléfono. Voy a probar suerte.

Presionó por tres veces el botón de señalización.

Una voz dijo escuetamente:

—Hablen.

—¿Es el doctor? —masculló Holigan.

—Sí. ¿Qué?

El tono era receloso, pero no identificable.

Dijo Holigan:

—Todo ha sido descubierto. Abandone el país inmediatamente. Siga el plan de fuga número cuatro. Habla X menos Y. No volveré a comunicar.

Pulsó el botón de cierre y le sonrió a Evelyn.

—Ha debido quedar sorprendido.

—No comprendo cómo puedes sentirte tan cachazudo. Éste es el lugar más horrendo para morir que una pueda imaginarse. Podemos

quedar enterrados en vida, con estos cuatro zombies descomponiéndose ante nuestros ojos en forma horrenda.

Holigan había destornillado la parte posterior de la radio, y escrutaba el ajustador de longitudes de onda.

No le interesaba seguir en la longitud de onda del misterioso doctor.

Le urgía hallar otra onda.

La de Meyers, el enlace radio de su grupo S. I.

Estuvo manipulando, ajustando, atirantando y tratando de adivinar si estaba efectuando las manipulaciones precisas.

—Lamento tardar tanto, muchacha, pero estos transmisores de un solo kilovatio son complicados.

—La verdad es que no tienes ni idea, Arch.

A ratos sentíase antifeminista. La miró con rencor, que se disipó al instante. Evelyn era preciosa. Muy femenina.

—No soy un técnico, mujer. Soy un cerebro, un talento para planear trampas y descubrir misterios, y, si es necesario y no hay más remedio, soy un hombre de acción. Pero, por lo general, pago a un técnico para saber la diferencia que hay entre un gran terminal y un juego de condensadores.

—Yo lo sé. El gran terminal es el gran terminal del juego de condensadores.

Suspiró Holigan, resignado.

Y de pronto, se oyó una voz clamando:

—¡Hola, hola! ¿Quién, quién?

La voz de Meyers, el enlace, sonaba a hombre embriagado.

Holigan agradeció oírle. Y también no verle, ya que siempre Meyers daba la impresión de que le quedaban apenas días de vida.

—¿Dónde demonios estabas metido, Holigan? Te coloqué ya en la lista de desaparecidos, desde hace tres horas.

—Olvida tus listas, y mándame ayuda. Estoy encerrado en una tumba de Highgate.

La risa de Meyers resonó hueca y divertida.

Luego, dijo:

—¿Conque en una tumba, eh?

—¡Sí! Y quiero que envíes tu escuadrón de borrachos camorristas. Que se congreguen ante el mausoleo de lord Francis Baconbury, antes de media hora.

Cerró Holigan la comunicación, antes que Meyers pudiera decirle que en media hora era imposible reunir a su banda muy especial.

La consigna fue transmitida por el norte de Londres a las cinco y media.

Diez minutos después, la primera silueta cochambrosa llegó tambaleándose hasta la verja del cementerio.

Casi inmediatamente se le unió un espantajo de mujer, y pronto sumaban una docena.

Era el escuadrón especial de Meyers.

Atraído por la promesa de espíritu alcohólico y unos chelines.

Permanecieron dando lentos paseos en el frío aire de la madrugada, asestando zapatazos en el suelo para calentarse los pies, y ajustándose los periódicos que les servían de ropa interior.

Soplándose en las heladas manos.

Hasta que uno trepó por los hierros, pasó al otro lado, y los demás le siguieron.

Remontaron lentamente la colina. Llegaron a un claro, sentándose en círculo, apáticos, abúlicos, mirando como el que tenía más frío trataba de encender una fogata.

Era gente inadaptada, sin disciplina, y por dos veces estalló entre ellos una reyerta.

La primera, cuando alguien sacó una moneda de tres peniques.

La segunda, cuando el hombre que había robado la moneda cayó dormido.

El propietario le había golpeado a un lado de la cabeza con un trozo de piedra.

Los demás prestaban poca atención. Uno cantaba, quejumbroso, *Cuando un hombretón llora*. Otro estaba chupando un trozo de raíz. Y una mujer describía cómo los *bobbys* la habían arrojado al agua, antes de detenerla.

Todos ellos oscilaban entre el sueño de modorra y la espera del jefe.

Ned Meyers llegó cuando el fuego ya estaba encendido.

Sus dientes no eran granos amarillentos o parduzcos como los de sus auxiliares de choque, pero su ropa era de décima mano, y había sido nueva veinte años antes.

Todos se agruparon en torno a él, arrebatándose los frascos y bebiendo ansiosamente el tónico vital. Hasta que, ya normalizados, se tambalearon, regresando junto a la fogata.

Meyers no era un alcohólico, sino un metodista.

Pasaba todo el tiempo que podía con los alcohólicos vagabundos, hablándoles, cuando estaban en condiciones de poderle oír, y estudiándolos como un fenómeno social.

Su socialización la había convertido en útil.

Le servían para mantener vigilancia en los distritos que le interesaba. Los movilizaba como peones, con gran efectividad.

Al cabo de unos instantes, dijo Meyers:

—¿Veis aquellos tres hombres que están subiendo hacia aquí?

Nadie le hizo caso.

Meyers extrajo un micro para sordos de los pliegues de su abrigo, y manipuló con el volumen.

—Aquellos tres hombres intentarán echarnos de aquí.

Dejó transcurrir una pausa.

Recogiendo las botellas, se dirigió hacia el panteón mausoleo que contenía bajo lápida los restos de *sir* Francis Baconbury.

Su pelotón de *hippies* maduros le siguió para proteger las botellas.

Permanecieron a la expectativa malévola hasta que los recién llegados se detuvieron ante ellos.

Da los tres, uno dijo cortésmente:

—¿Tienen la bondad de irse?

El vagabundo más cercano dijo automáticamente:

—Deme un chelín, caballero.

Los otros se contagiaron maquinalmente.

—Deme un pitillo, señor.

—Deme algo, milord.

El jefe de los tres recién llegados iba muy bien vestido.

Retrocedió, alejándose asqueado de aquellos fétidos alientos, pero seguían agarrándole por las mangas.

Luchó un poco, y luego, sacando calderilla de su bolsillo, la arrojó por la hierba, lo cual fue inteligente como maniobra, ya que los metílicos se abalanzaron hacia las monedas.

Meyers tuvo que agarrar al jefe rival y empujarle hacia las botellas para conseguir la atención de los vagabundos.

Ahí empezó la camorra.

Dos minutos después, Meyers tenía al otro jefe en el suelo junto al mausoleo.

Los vagabundos habían asestado puntapiés y puñetazos a los otros dos, despojándolos de zapatos, abrigos y dinero.

Ahora estaban luchando entre sí para apoderarse del botín.

Uno de ellos se tambaleó, empujado con rudeza, y permaneció sobre el fuego, contemplando cómo su abrigo se chamuscaba.

Sacudiendo al jefe, silbó Meyers:

—¡Abre la tumba!

—No.

—Les dejaré que te hagan trizas.

—Suélteme.

Meyers adivinó, por la dirección de los ojos del desconocido, la aproximada situación de la puerta de entrada.

Le arrastró hacia allá.

Lo mantuvo asido por las piernas, mientras los vagabundos le vaciaban los bolsillos.

El hombre luchó, gritó y ofreció hasta mil libras de recompensa si le dejaban libre.

Pero estaba ya casi medio desnudo y magullado, a punto del desvanecimiento, cuando presionó el resorte que abría el panel de piedra.

Evelyn Brent y Archer Holigan quedaban ya en libertad.

Saliendo, dijo Holigan:

—Se agradece mucho la oportuna intervención, Meyers. Nunca me gustó la idea de convertirme en momia.

Evelyn y yo hemos decidido solicitar ser incinerados, cuando nos llegue el turno.

Estaban ya sendero abajo, cuando gritó Meyers:

—¿Qué hago con todo este lío horrendo? Hay muertos...

—Haz comprobar quiénes eran cuando estaban vivos. Quiero saber dónde trabajaban. Y cuídate de que este individuo que, según tú, debe ser el jefe, ya que lo agarras fuerte, me sea entregado sano y salvo en mi piso.

Holigan y Evelyn se esfumaron en las nieblas mañaneras de Highgate.

## CAPÍTULO VIII

El balance de aquella noche laboral arrojó seis cadáveres y un vagabundo gravemente herido.

La leyenda prosperó.

Masas morbosas visitaron el cementerio.

Los periodistas trataron, sin éxito, de entrevistar a la banda de vagabundos ebrios que Meyers había dejado sentados, bebiendo, dentro de la tumba de *sir* Baconbury.

En el piso de Holigan, se defendió Evelyn:

—La verdad es que yo no maté a aquellos zombies, puesto que ya habían muerto.

Necesitaba ella misma convencerse de que no había sucumbido a un ataque de pánico sicopático.

—Querida, no debes preocuparte así. Te entró un leve terror, como a mí y como al chimpancé. Perfectamente humano, natural y lógico.

Ella, por lo general, era bastante serena y dura en los momentos de actividad peleadora.

Pero los guardianes muertos dos veces, y la invasión final de la tumba por una bandada de apestosos, cadavéricos y sombríos borrachos, había producido en ella un estado de alta histeria contenida.

—Yo opino, muchacha, que debes de nuevo sumergirte, zambullirte en la batalla. Es el mejor sistema. Cuando uno se cae del caballo, hay que volver a montarlo antes de decidirse a nunca más montar.

—Estoy cansada.

—El hombre que está abajo tiene que ser interrogado, Evelyn.

—Por favor, Arch, interrógale tú.

—Ya sabes que no apruebo la violencia.

La ventaja de vivir en un piso a ras de suelo era que poseía un

amplio garaje en el sótano, que podía a su vez ser empleado como mazmorras.

El misterioso doctor que había aparecido con dos zombies por guardaespaldas, estaba en el garaje-sótano.

Encadenado a la pared por las argollas que cincuenta años antes sirvieron para aposentar los caballos.

Pero el preso no quería hablar.

Y a Holigan le atosigaba aquel problema. No servía para torturar a nadie. Alguien tenía que interrogar al doctor.

Expuso Evelyn:

—Los zombies, en verdad, son una cosa muy delicada.

—El doctor que está abajo no es un zombie.

—Pero yo estoy pensando en aquellos zombies.

—Lo extraordinario es que aquellos zombies eran verdaderamente zombies. ¿No te choca como algo extraño eso?

—Extremadamente. De ahí mi confusión.

—¿Eh? Ah, ya... Te refieres a brujerías y demás monsergas. Pero nosotros somos gente culta y sensata, supongo, y no creemos en muertos conjurados por la magia negra, ¿verdad que no?

Rió Holigan, inseguro.

—Sabemos que tiene que existir una explicación racional.

—No existe, por ahora.

—Eso me temo, pero la línea racional de argumentación apunta directamente al Departamento de Investigaciones Científicas.

—¿Por qué?

—Están trabajando en la patología de la muerte. El difunto Tom Larkin proporciona el eslabón de sospecha.

—Sí. Y espero que estés en lo cierto.

Era la una de la tarde.

Holigan abrió el grifo de agua caliente en el baño, colocó sábanas limpias en la cama de amigos, y le tendió la más tierna y blanda de sus batas.

—Te despertaré a las nueve en punto. Por entonces, acaricio la esperanza de que ya tendré noticias tranquilizadoras.

La empujó hacia el cuarto de baño y la dejó que olvidase sus problemas en la voluptuosidad de un baño caliente y un buen sueño.

Bajó, entonces, al garaje.

El doctor estaba asustado.

Se había hecho pasar por periodista, matando a Jasper Rains, pero no era un profesional del crimen.

Se aseguró Holigan de que puertas y ventanas estaban cerradas. Subió en su «Hilman», y puso el contacto.

Cuando el motor rodaba perfectamente, se apeó, dirigiéndose al prisionero.

Expuso:

—Resulta superfluo que le diga que es monóxido de carbono. Es un modo indoloro de morir. Un montón de gente se suicida así. Yo no voy a torturarlo ni a recurrir a ninguno de esos vulgares procedimientos. Le dejaré elegir entre morir o hablar.

—No voy a hablar.

—Usted es el amo.

Volvió a subir Holigan. Comió un cuarto de pollo, bebió dos copas de champaña y reposó un poco.

No le gustaban las revistas científicas, pero una de ellas contenía compendios de las tareas de rusos y americanos en los intentos de devolver la vida a muertos.

Todos los casos tenían un punto en común: rapidez, tiempo.

Nadie podía estar muerto más allá de unos minutos.

A las cuatro, le llamó Meyers. Todos los muertos ya identificados habían trabajado antes para el Departamento de Investigaciones Científicas.

Bajó Holigan, abriendo ventanas y puertas.

El doctor estaba inconsciente, pero todavía respiraba.

Lo colocó Holigan en la parte posterior del «Hilman» y salió del garaje.

Tardó veinte minutos en llegar a la entrada posterior del Departamento de Investigaciones Científicas.

Su finalidad era que todo el mundo supiera, en el lugar, lo que estaba sucediendo.

Le ordenó al conserje:

—Haga transportar inmediatamente a este hombre al quirófano. Rápido. Está agonizando.

Y antes de que el conserje pudiera argumentar, alargó Holigan el paso por el corredor.

Al final a la izquierda, encontró la oficina general. Entró.

Cogiendo el primer intercomunicador al alcance en el primer despacho, indagó, con sonriente autoridad:

Media docena de mecanógrafas le miraron con agrado.

—¿Doctor Vance? —repitió una de ellas—. Ah, sí, claro. Veintidós.

Sopló Holigan en la boquilla enrejada.

—¿Vance? Aquí le habla Archer Holigan. ¿Recuerda? Sostuvimos una charla hace pocos días acerca de la muerte... Sí, he traído un hombre casi muerto, que requiere su inmediata atención... ¡Señor! Nunca bromeo yo. Es uno de sus auxiliares y, por consiguiente, lo he dejado al cuidado de su laboratorio.

Dedicando una radiante sonrisa a las seis muchachas, salió.

Dos camilleros transportaban al inconsciente doctor en un ascensor, y entró Holigan con ellos.

Preguntó amablemente:

—Trabaja aquí, ¿no?

—Ahora, no —dijo uno de ellos, jamaiquino, con acento de Oxford—. Se fue hará unos seis meses.

—¿Cómo se llama?

—Doctor Stamp.

El doctor Vance no perdió tiempo en charlas ni preliminares.

Envío a buscar dos enfermeras y el aparato de oxígeno.

Mientras llegaban, aplicó la respiración artificial.

Holigan merodeaba, deseoso de aprender, de instruirse, de ampliar sus conocimientos. Nunca había visto operar a un cirujano de primera.

Pero Vance no operó. Todo era una cuestión simple de llevar aire a los pulmones, asegurarse de que el cerebro no estaba dañado y permanecer a la expectativa, por si era necesaria, una transfusión de sangre.

Cuando el paciente, el doctor Stamp, quedó declarado fuera de peligro, fue llamada una ambulancia, que lo transportó a un hospital.

—Y ahora, Holigan, requiero una explicación.

Estaban sentados en su despacho, y el tono del cirujano era altanero y fastidiado.

—¿Qué ha sido todo esto?

—Le encontré abajo, en mi garaje. Desgraciadamente, yo había

dejado mi coche con el motor funcionando.

—¿Por qué no llamó usted a una ambulancia?

—Pensé que traerlo aquí sería más rápido. Mi coche ya estaba en marcha, o sea, que le coloqué atrás y vine a toda velocidad. El trabajaba para usted, ¿no?

—Estuvo empleado como doctor analista, pero él y yo chocamos en algunos aspectos, y, por consiguiente, él renunció. Pertenecía al viejo régimen, si es que me comprende.

—Le comprendo perfectamente. El trabajo sigue adelante, pero el personal ha de cambiar cuando el jefe cambia. Tengo el presentimiento de que la mayoría de los que trabajaron con el exdirector Frolick se retiraron o han muerto.

El doctor Vance pareció muy aburrido. Meneó lentamente la cabeza, poniéndose en pie.

—Tengo entendido que este punto ya fue examinado hace algunas semanas. El departamento quedó exonerado.

—Querrá usted decir que, por entonces, no hubo evidencia que demostrase qué era lo que estaba incorrecto. Tenemos ahora pruebas sobradas para hacer cerrar todo este centro.

—Lo lamento, Holigan, pero estoy extremadamente ocupado.

—Hay zombies merodeando por Londres, y proceden de aquí. No me sorprendería nada que todos esos difuntos, miembros del personal del doctor Frolick, hayan sido resucitados, y estén actualmente jugando a cartas en cualquier sótano. ¿Y está usted extremadamente ocupado, señor? Buenas tardes.

El ascensor estaba vacío cuando bajó, pero al llegar al corredor de la planta baja, comprobó Holigan que tenía compañía esperándole.

Tipos con anchura de exboxeadores, que le cogieron por cada uno de sus brazos, y hombros, empujándole al interior del aseo de caballeros.

Luego, algo chocó contra su codo y una mareante oscuridad envolvió a Holigan, mientras caía.

Arch no vio la mesa camilla con un hombre inconsciente recubierto por una blanca sábana, rodando desde el aseo, minutos después.

Tampoco vio al hombre inconsciente colocado en una ambulancia, que partió con rumbo desconocido.

Porque él era el hombre inconsciente.

## CAPÍTULO IX

Charles Lafayette llevaba seis semanas en el Departamento de Investigaciones Científicas, y estaba más que aburrido.

¿Un graduado en leyes en la Universidad de Oxford, barriendo laboratorios?

Conducía ahora un macizo «Jaguar» rojo, porque esto fastidiaba a todos los pobres blancos.

Pero era un bólido demasiado vistoso, algo inconveniente para perseguir una ambulancia a toda velocidad a través de Hendon en la hora punta.

Había únicamente aceptado aquella misión con el S. I. del coronel Lucan porque resultaría una gran experiencia para cuando llegase a ser primer ministro en Jamaica.

Y le habían colocado en aquel centro médico, donde lo máximo que hacía era barrer suelos, empujar camillas y aburrirse.

La ambulancia giraba a la izquierda y se dirigía hacia Watford.

No había mucha circulación por la carretera, y la ambulancia iba aumentando su velocidad. Tenían que haber avistado el «Jaguar» rojo.

Meditó con la idea de simplemente rescatar al patrón, pero, evidentemente, era más importante seguirlos hasta su destino.

El patrón, que sudase como un negro asustado.

El patrón Archer Holigan tendría que sudar hasta que el muchacho negro estuviera preparado.

Holigan era uno de los mejores agentes secretos del país, pero todavía no había barrido nunca laboratorios.

¿Dónde diablos se había metido la ambulancia?

La vio, de pronto.

Charles Lafayette pisoteó el freno y tiró de la palanca, al surgir de la oscuridad la blanca ambulancia, echándosele encima.

Ellos se habían apeado, y estaban en la cuneta.

Le habían dejado la ambulancia atravesada en la carretera para que se estrellase.

Sus cuatro neumáticos chillaron, y media tonelada de maquinaria patinó a través del talud del otro lado de la carretera.

Y embolsó, pasando la maldita ambulancia, pugnando por recobrar el total dominio del volante. Dominó el coche al penetrar en la próxima curva.

A doscientos metros, aparcó en un campo.

Apagó las luces, y quitó el contacto. Luego, corrió hacia el árbol más próximo, junto a la carretera.

Trepó rápidamente a la rama más alta y más segura.

La ambulancia pasó lentamente, siguió unos cuatrocientos metros, dio media vuelta y regresó, dirigiéndose hacia una gran puerta abierta, por la cual penetró.

Una mansión enorme, que parecía un asilo para lunáticos.

Charles Lafayette bajó de su árbol. Y avanzó junto a la carretera.

Indudablemente, estaban sacando al patrón de la ambulancia, y, hasta donde podía ver por los movimientos en las sombras, Holigan estaba consciente, pero atado en la camilla.

Lo llevaron al interior de la casa oscura. Un par de luces se encendieron en la planta baja.

Minutos después, uno de los hombres volvió a salir, y se fue, conduciendo la ambulancia.

Georges Lafayette trepó el muro, saltó al otro lado y empezó a recorrer la distancia a través del vasto césped.

Estaba totalmente en descubierto, pero no había sitio alguno donde poder parapetarse para ir avanzando estilo guerrero comando.

Tampoco había dogos feroces, alambres de espino ni guardas en las terrazas con proyectores y metralletas.

Alcanzó la casa. Tocó el tubo canalón de desagüe. No estaba electrificado. Ascendió hasta la terraza del primer piso, acechó por el cristal y vio un cuarto vacío.

Se acurrucó para hurgar en el cerrojo-pestillo. No había alarma contra rateros. Ni súbita llamarada de focos luminosos.

Se deslizó en el cuarto.

Y entonces fue cuando se encendieron las luces.

Georges Lafayette trató de abrir la puerta, pero estaba bien

cerrada. Oyó voces viniendo por el pasillo.

Retrocedió hacia la ventana. Pero esta vez era distinto. Citando tocó el cierre, una descarga eléctrica le hizo retirar rápidamente la mano.

Oyó entonces una voz femenina que decía:

—Querido, puede ser negro, pero no es un caníbal. Trata de no ser agresivo con él.

—¿Qué es esto, entonces? ¿Una juerga de fin de semana?

Alguien estaba abriendo la puerta.

—No, querido, pero Charles Lafayette puede contribuir más a un fin de semana civilizado que tú.

Una rubia alta, elegante, entró, sonriente.

—Hubiese sido mucho más sencillo tocar el timbre, señor Lafayette. En realidad, casi le habría sido más cómodo pedir un sitio en la ambulancia. De todos modos, sea usted bienvenido.

Parecía una aristócrata, y debía estar algo ida del seso, meditó Lafayette, quien dijo amablemente:

—Gracias. De todos modos, ya he llegado. ¿Qué tal, señora?

—Señorita, por favor. Soy Bárbara Bloom.

Rondaba los treinta y cinco. Enfundada en un vestido dorado de noche, tenía una voz incisiva y sus ojos verdiazules brillaban peligrosamente. Cogió por un brazo a Lafayette.

—Este hombrecillo con una pistola es Clif. Di buenas noches, Clif.

—Buenas noches —dijo Clif.

—Clif, a veces, olvida los buenos modales. Pero no lo tome a ofensa. No le haga caso.

Lafayette miró la pistola y afirmó:

—Tengo la piel gruesa, señorita Bloom.

Bajaron las escaleras como una anfitriona y un invitado.

Pero abajo, en vez de una sociedad de bebedores, había media docena de hombres en bata blanca y un par de enfermeros.

Charles Lafayette se detuvo, pensando que se volvía loco.

—Siga, siga, amigo mío —decía ella—. Tengo muchas cosas que enseñarle. Aquél es su amigo Holigan, muy dormido, el pobre. Y ésta es la pantalla infrarroja. Le vimos cómo saltaba el muro...

Lafayette hizo saltar la pistola de la mano de Clif con un prodigioso puntapié.

Y ya estaba subiendo las escaleras a todo tranco, antes que nadie pudiera reaccionar.

Había un hombre a mitad de la escalera, y bajó los peldaños sobre la espalda, antes de saber siquiera lo que sucedía.

Cassius Clay no era el único negro con fulminante derecho.

—¡Lafayette! Regrese. Quiero que trabaje con nosotros. Nunca logrará salir.

—Lo intentaré, Bárbara.

Llegó en segundos al piso alto, y se detuvo a tiempo cuando iba a tocar el pestillo electrificado.

Estalló la ventana con un silletazo.

Y salió. Saltando hacia un tubo bajante de aguas, resbalando los primeros metros y casi cayendo los últimos.

Alguien estaba disparándole.

Corriendo febrilmente, el cerebro de Charles Lafayette galopaba también en febril monólogo:

«Hombre, no se les puede disparar a los negros en suelo británico. ¿Dónde se creen que están? ¿En la selva? ¿Quién dijo que los negros no eran los campeones en saltar vallas y paredes? ¡Maldita sea! ¿Eres un negrito ignorante y supersticioso? Recuerda que estás diplomado en leyes en Oxford. ¡No cabe discutir, chico! ¡Lo vi! ¡Los vi con mis propios ojos!».

## CAPÍTULO X

Evelyn Brent despertó a las diez, sintiéndose enteramente recobraba. Despertó porque el teléfono sonaba insistentemente.

Alguien que decía llamarse Charles Lafayette, que tenía que verla urgentemente, con relación a Holigan.

Lafayette llegó en su «Jaguar» rojo, saltó apenas parado el motor e irrumpió en el piso, como si estuviera perseguido por una legión de colonizadores.

Explicó que no era un negro supersticioso, que tenía título de doctor en leyes, pero que lo había visto con sus propios ojos, algo increíble, macabro...

—Es decir, si usted misma lo viera, señorita Brent, no lo creería.

—De momento, ¿qué le parece un buen coñac?

Mientras Lafayette bebía el coñac, ella le estudió.

Un hombre realmente guapo, como aquellos negros de Hollywood, que parecen hermosos blancos con tez color chocolate.

—Tal vez yo no sea más que un estúpido negrazo supersticioso, que se asusta de la oscuridad nocturna.

—No, no. Algo parece haberle asustado esta noche, pero supongo que le habría asustado igual, fuera usted amarillo o colorado.

Estaba ella misma poniéndose nerviosa.

¿Habría él visto a Holigan convertido en zombie?

—¿Cómo es que está usted implicado en todo eso?

—Mi padre es comisario de policía en Kingston. Cuando me diplomé en leyes, decidimos que me convendría hacer un poco de trabajo secreto en Inglaterra. Pero no me suponía que en los suburbios de Londres me iba a encontrar con lo que podía hallar en las montañas de mi isla.

—¿Y qué encontró usted?

—En las montañas de mi isla se pueden ver muchas cosas,

porque están habitadas por gente que cree en espíritus y en magia. Esta gente cree tan fervorosamente en sus brujerías, que les capacita para realmente hacer activa su magia. Se inducen ellos mismos en un estado de éxtasis, con sus tamborileos y bailes. Y cuando están en trance, pueden matar la mente de un hombre o hacer surgir a un hombre de entre los muertos con encantamientos. Zombies, ¿sabe?

—Oí mencionarlos. Siga, por favor.

—Allá, todos creen en esas cosas. Cuando colocan una maldición en un hombre, éste se pone tan aterrorizado, que se muere de terror. Una vez se han visto un par de estas ceremonias, ya nunca se vuelve a creer posible el ateísmo. Es algo horrendo. Algo demasiado horrendo. Y lo he visto en este país.

—¿Qué vio?

—Eso. Eso que creí sólo pasaba por mis montañas.

—¿Vudú?

—¡Claro! Yo conocí a tres de aquellos tipos que trabajaban allí. Les vi morir, hará cosa de pocas semanas.

—Comprendo perfectamente cómo se siente, Charles. Una mujer es también supersticiosa, y se asusta de la oscuridad nocturna. Parece ser que se cura con ocho horas de sueño y un baño caliente. Pero tiene que haber una explicación racional para todo esto.

—¿Sí?

—No vamos a creer en el vudú ni en zombies, en pleno suburbio de Londres. Y la explicación racional apunta al Departamento de Investigaciones Científicas. ¿De acuerdo? Entonces, cuénteme lo que vio.

Contó Lafayette lo ocurrido:

—Y Holigan estaba en una jaula. Había chimpancés y otros animales también en jaulas al extremo del laboratorio.

—Espero que tratarán a Holigan humanamente.

—Estaba durmiendo a fondo.

—Pues tendrá que seguir durmiendo unas horas más. No podemos simplemente irrumpir en aquel lugar y destruirlo todo. Tenemos, primero, que averiguar sus intenciones. Es decir, ¿por qué todos estos zombies han sido... sacados de sus tumbas? Creo que debemos hablar un poco con el doctor Stamp.

—Pero Stamp está en un hospital.

—Entonces, usted y yo tendremos que sacarle del hospital.

Cuando Holigan recobró la noción, pensó que estaba todavía en el laboratorio del doctor Vance. El local, la decoración, el equipo, eran los mismos.

Pero faltaba algo. El cerebro del profesor Frolick.

Miró a través de los barrotes a sus compañeros prisioneros en las cercanas jaulas.

En la mesa de operaciones había otro animal, aparentemente muerto.

Cuatro hombres con bata blanca trabajaban silenciosamente, pero la mujer que les estaba observando con supremo desinterés distinguido, se volvió para mirar a Holigan.

El animal en la mesa empezó a removerse. Le estaban dando oxígeno.

Bárbara Bloom se aproximó a la jaula ocupada por Holigan.

Explicó:

—Este animal llevaba muerto un mes. Estamos haciendo progresos. ¿Qué tal se encuentra?

—Enjaulado, y me agradaría poder caminar un poco. Por lo demás, estoy estupendo. Gracias.

La risa femenina era honda, de garganta. Sardónica.

—Tenemos que conservar nuestros animales peligrosos en jaula, Holigan, hasta que ya estemos listos para utilizarlos.

—¿Sería una impertinencia preguntar cómo piensa utilizarme a mí?

—Un hombre saludable y fuerte siempre nos es útil.

Como probablemente ya habrá notado, esos doctores y auxiliares que hemos adquirido para nuestros fines están medio muertos y poco fuertes.

—Estaban fuertes y vivos cuando usted los hizo matar, señora.

—Bárbara Bloom. Señorita o viuda, como prefiera. Tenga presente, querido, que tuvimos que hacerlo. No habríamos podido persuadirles que viniesen a trabajar para nosotros, sin matarlos primero. Estos científicos suelen tener una integridad quisquillosa.

—O sea, que los hizo matar, los trajo aquí, los revivieron y los pusieron a trabajar en sus proyectos.

—¿La ciencia no es algo maravilloso? Pero no se inquiete, querido, usted será algo más que una inteligencia ambulante. Hemos llegado ya al punto culminante, y puede usted sernos útil.

¿Sabe que es usted muy guapo?

—Se nota más cuando estoy suelto.

—Estoy segura de que nos divertiremos mucho los dos juntos, cuando esté usted mejor.

Los barrotes eran de hierro, y el cerrojo necesitaba una palanqueta.

—Todavía no me ha dicho usted de qué tengo que mejorar.

—Tonta que soy... Hemos decidido que podemos usar su cabeza. El hombre que dirigía este trabajo durante años era el profesor Frolick, y, naturalmente, murió. Dejando su cerebro al DIC.

—¿DIC?

—Departamento de Investigaciones Científicas, hombre. Usted no lo creará, pero el cerebro del profesor Frolick está todavía vivo.

—Lo vi. En un frasco de plasma.

—Podemos colocarle el cerebro de Frolick, apenas esté usted muerto. Y luego, le reviviremos. ¿Qué le parece?

—Las ciencias adelantan que es una barbaridad, Barbarita.

«Esta pelirroja es algo seno. Vamos Charles —dice, con su delicada pronunciación británica—, tenemos que sacar aquella ambulancia del DIC. ¿Ah, sí? Pero uno no puede discutir con Evelyn. Sus ojos de miel tienen motitas doradas. Es preciosa, caramba. Y te dice vamos allá, Charles. ¿Cómo puede uno resistirse ante una mujercita tan suavemente dominante?

»Yo no me resisto. Soy vanidoso. He de demostrarle que soy todo un hombre.

»Y aquí estamos. Conduciendo yo esta maldita ambulancia y ella sentada a mi lado, tan fría como un iceberg y vestida como una matrona de hospital.

»Cuando entramos en el patio de urgencias del hospital, empieza por apearse y tocar el timbre. Como si fuéramos vendedores de helados. Vamos, venga acá, Charles, tenemos prisa, cáspita. Luego, penetramos por corredores, y empieza ella a dar órdenes.

»¿Dónde está la matrona de servicio? Venga, pronto, por favor, esto es una emergencia. Necesito saber en qué sala está el doctor Stamp.

»El viejo portero no sabe si ir por la matrona, tocar

el timbre de alarma o decirle a Evelyn dónde duerme el doctor Stamp.

»Intenta hacer las tres cosas a la vez. “Si, señorita, pues bien, el doctor está en aquella sala al final del corredor, y si usted tiene la bondad de acompañarme al despacho de la matrona en jefe...”».

»“Vaya, Lafayette Recoja al paciente y colóquelo en la ambulancia”».

»Es un caso. Oigo yo que sí, señorita, y el portero corre en torno a ella como un perrito dócil.

»Me deslizo en busca del paciente, intentando parecer uno de estos legítimos ordenanzas nigerianos, de hospital. Sin prisas, sin interés en nada.

»Algunos de los pacientes en aquella sala tienen aspecto de estar realmente asustados, mientras busco la cama del doctor Stamp. Deben pensar que soy un antropólogo.

»Pero no están ni la mitad de asustados como el doctor Stamp mando lo despierto, y lo meto en una camilla.

»Voy al umbral del despacho. Ahí está Evelyn diciendo: “No necesita autorización, colega. Simplemente, guarde este oficio y déjeme firmar en nombre de Stamp. Acepto todas las responsabilidades”.

»Tengo que admirar la linda cara dura de Evelyn. Por entonces, Stamp ya está dentro de la ambulancia, y la matrona legítima deja de discutir. Ha leído el oficio con membrete del DIC, y protesta: “Creo que ya es hora que ustedes los de laboratorios científicos tengan más cuidado. Debieron hacerle el análisis antes de traerlo. Mira que traer aquí a un leproso...”.

»Respiro, aliviado, cuando ya estamos fuera del patio, y embalo la ambulancia. A mi lado, Evelyn sonrío levemente. Es una pena que, según informes fidedignos, esté ella tan enamorada de Holigan.

»Y al parecer, el muy inteligente Holigan no se ha enterado aún».

## CAPÍTULO XI

Regresaron al DIC a las tres de la madrugada.

Charles Lafayette poseía un juego de ganzúas. Y cuando dejaron la ambulancia, se llevó él al doctor Stamp al sector del laboratorio.

—Discúlpeme, señorita Brent...

—Llámeme Evelyn, ¿quiere, Char?

—¿No estamos perdiendo tiempo, mientras Holigan está en peligro?

—Es posible, pero si irrumpimos en aquella casa, la partida habrá terminado con un gran fallo. Quienquiera que sea el que dirija todo este tinglado desaparecerá, y cualquiera que sea su plan, volverá a ponerlo en práctica pasado mañana o el año próximo. Tanto Bárbara Bloom como el doctor Stamp no son más que subordinados. Tenemos que descubrir quién es el jefe, si hemos de ayudar a Holigan. Vamos al ascensor, y no discuta más, Chas. No deje que este mentecato forcejee así.

Charles Lafayette elevó a Stamp unos centímetros del suelo, y lo chocó de nuca contra la pared del ascensor.

Stamp permaneció muy quieto.

Aconsejó Evelyn:

—Lo que debemos hacer es emplear el vudú con este hombre. Asustarle de veras.

—No se preocupe. Me ocupo de ello.

Evelyn contempló cómo Charles se encargaba de Stamp.

Arrojándole primero al suelo, quitándole la ropa sobrante y colocándolo en la mesa de operaciones.

Contempló cómo Charles cogía el aparato eléctrico de masajes y lo aproximaba a la zona anatómica desnuda de Stamp.

Ella misma estuvo a punto de gritar cuando Charles aplicó el aparato un poco más abajo del ombligo de Stamp.

Aquél se retorció tan violentamente que casi rompió sus

ataduras.

Dijo ella apresuradamente:

—Voy a examinar los archivos del doctor Vance.

—Usted manda. Pero ¿qué hago yo, mientras?

—Siga adelante, Char.

—Lamento parecerle un negro tonto, pero ¿qué es lo que hemos de averiguar de este hombre?

—Queremos saber quién es el jefe de la banda.

Dirigiéndose al despacho de Vance, meditó en lo esencial. ¿En qué estaba trabajando el doctor Frolick? ¿Por qué su personal se convirtió en zombies, apenas murió él?

En los archivos halló el expediente Frolick. Escrito por el propio Vance.

«El profesor Frolick trabaja como un obseso. Le han dado seis meses de vida. Y en vez de reducirle a la apatía el diagnóstico, le ha puesto en gran actividad. Me temo que está loco.

»Hallé un fallo en la contabilidad. Faltan veinticinco mil libras. Pero me será difícil demostrarlo. Las cuentas son caóticas. Y cuando los interventores las pongan en claro, el profesor Frolick ya estará muerto. El doctor Frolick habrá comprado gorilas, o aparatos especiales. Es un gran científico. Me enorgullece seguir sus pasos».

Apagó Evelyn las luces. Había oído pasos.

Al abrir ella la puerta, una silueta corrió escaleras abajo.

Cuando Evelyn llegó a la barandilla, vio una gran sombra corriendo los tramos de peldaños. Y sabía la sombra que era seguida, ya que se mantenía en el ángulo más oscuro de la pared, saltó el último tramo y desapareció por las oficinas.

No había el menor ruido cuando Evelyn llegó al pie de las escaleras. Abrió la puerta. La habitación estaba vacía.

Su malla negra adherente la había dejado en el vestuario de mujeres. Se quitó el ropaje blanco, mudándose en negra vestidura pegadiza.

Había una ventana abierta en aquel despacho, donde había entrado la sombra fugitiva.

Se aproximó y entonces le vio.

Acurrucado en la terraza de un cobertizo. Y a juzgar por la silueta, estaba agarrando algo. Un frasco o algo parecido, manteniéndolo contra el pecho.

Esperaba a ver si alguien le seguía. Pero no había visto a Evelyn.

Era una matrona vestida de blanco la que hacía cinco minutos bajó las escaleras.

Ella avanzó por las sombras. Una sombra más. Hasta alcanzar el cobertizo. Subió a la terraza sigilosamente, pero una tabla crujió, y el hombre ya estaba esperándola.

Tiró lo que estaba agarrando, estallándolo, y luego se volvió para esperarla puños en ristre, como un pugilista científico.

Un gancho de izquierda alcanzó en el hígado a Evelyn, que cayó de lado, esquivando así el clásico gancho de derecha, en uno-dos.

Estaba ligeramente alelada, pero sus reflejos funcionaban.

Hizo palanca con ambas piernas.

Un pie tras el tobillo ajeno, y empujar la rodilla con el otro pie.

El hombre gritó al caer desde la terraza, pero quedó en pie. Y corrió como un profesional de la milla, atravesando la verja abierta, en *sprint* de campeón.

Evelyn suspiró, aspiró y, por fin, regresó al lugar donde estaba Charles.

Lafayette había ajustado una lámpara de mucho voltaje sobre la mesa. Se sentaba apartado, fumando, aguardando a Evelyn. De vez en cuando, encendía el proyector contra los ojos de Stamp para recordarle que había prometido, jurado y suplicado que hablaría, que hablaría...

—¿Dijo ya quién está tras toda la banda?

—¡El profesor Frolick! —chilló Stamp—. Lo planeó todo, antes de morir.

Sonrió Lafayette.

—Esto es lo que dice él. Era por entonces el ayudante de Frolick, y al saber el profesor que estaba condenado a morir en pocos meses, planearon mantener vivo su cerebro y seguir con su trabajo. Lo he intentado todo para hacerle confesar algo más plausible, pero insiste en que el profesor Frolick sigue siendo el cerebro tras toda la operación. Los zombies son dirigidos por un cerebro en un frasco.

—Pero esto es absurdo... —empezó ella.

—¡Es verdad, juro por mi alma que es la verdad! —chilló Stamp.

—Dice que ya sabe que esto parece absurdo. Por esta razón pretenden trasplantar el cerebro en la cabeza de Holigan. Y no le harán nada a Holigan, mientras el cerebro del profesor Frolick siga en aquel frasco.

Giró Evelyn sobre sus tacones.

—¿Cuál frasco?

Ya no estaba.

—¡Estaba aquí, no hace ni media hora! —protestó, extrañado, Charles Lafayette—. ¡No pueden haberlo robado!

Evelyn observó los retorcimientos y chillidos del doctor Stamp.

Y supo que no podía decirles ya nada.

Un hombre no chilla así, cuando unas pocas palabras pueden hacer cesar su agonía.

No obstante, contempló los surcos de sudor manando por pliegues de carne enrojecida.

Y sintió un placer rencoroso en aquel sufrimiento.

Desquite por la muerte de un pobre vagabundo inofensivo como Jasper Rains.

Desquite por los pobres zombies delicados.

Desquite por lo que se proponían hacer con Holigan.

Pero ya los chillidos del doctor Stamp alcanzaban escalas infrahumanas.

Gritó ella, repentinamente:

—¡Alto, Char!

—¿Eh? ¿Por qué? No habla. Berrea.

—Es perder el tiempo, Char.

—Si él no puede ayudarnos, me agradecería saber quién podrá.

Murmuró ella, pensativa:

—De momento, deje a este hombre atado, y al cuidado del doctor Lewis Vance.

—¿Y dónde vamos a ir ahora, Evelyn?

Expuso ella, gravemente:

—Existe un viejo refrán inglés.

—Me agradan. ¿Cuál es?

—Cuando todo falla, siempre tenéis el recurso de acudir a Dios. Nos vamos a un templo.

## CAPÍTULO XII

Archer Holigan estaba confraternizando con el chimpancé de la jaula contigua.

Le habló acerca de cuándo el hombre bajó del árbol y cometió el primer error: inventar el dinero. Le dio entonces por comprar más árboles y ser dueño de varias cavernas alquiladas.

—La codicia le fue invadiendo. Se apartó de la naturaleza, y creó estos infiernos llamados ciudades. Por cierto. Tengo un jefe que quiere regresar a la naturaleza. Ya come nueces y yerba. Te gustaría, «Chimp».

El chimpancé mostró los dientes y emitió leves chilliditos.

Demostraba su amistad.

—El otro día conocí a un amigo tuyo. Era un animal muy sensible. Mató a un hombre muerto. Supongo que ellos querían traerle aquí.

Enjaulado, un hombre empieza a sentir pánico. Era mejor comportarse algo locamente.

Holigan había dormido aproximadamente hasta las tres, y había despertado porque alguien le daba suaves toques en la cabeza.

Era el chimpancé vecino, que se sentía muy solo.

Por eso Holigan le hablaba de muchas cosas. Y parecía enterarse «Chimp».

No oyeron entrar a Bárbara Bloom.

—Por lo visto, le gustan los animales, Holigan.

—Charlo con quien tenga algo en común conmigo. Le estaba contando a mi amigo que un primo suyo del Zoo se negó a venir aquí. Prefirió matar a un zombie. Lo que no comprendo es por qué su chusma intentaba robar un chimpancé del Zoo...

Bárbara entró pisando elegantemente sobre altos tacones. Un *whisky* en la diestra y un cigarrillo en la zurda.

—Mi hermoso joven, los chimpancés que tenemos aquí fueron

adquiridos clandestinamente para nosotros por el profesor Frolick. Desde que murió, no podemos conseguirlos legalmente, ya que no somos un establecimiento de investigaciones con la debida licencia gubernamental. Necesitábamos otro, y por ello teníamos que robarlo. Lo malo es que la cosa falló, si bien la publicidad ha sido buena para nosotros.

Rió roncamente. Estaba algo en copas, pensó Holigan.

—No hay nada mejor que la mala publicidad. Hablad de mí, aunque sean pestes, querido.

—Todo depende de lo que usted pretende lograr.

—Te lo diré cuando te cambien el cerebro, precioso.

—¿Para qué necesitaré entonces que me digas nada, guapa? Con el seso del profesor Frolick, espero saber qué diablos estáis tramando. Por cierto, ya que pronto voy a ser tu patrón, podrías traerme un coñac. Sería un buen inicio de nuestra bella amistad.

Sopló ella humo hacia la jaula, y dijo:

—Lo que tú digas, ricura.

Dos minutos después, un zombie trajo un frasco de coñac.

Al tercer sorbo, ya había decidido Holigan su plan.

Tenía que fingirse fascinado por Bárbara.

Dijo, fingiendo avidez:

—La gran ventaja de las mujeres maduras es que son sabias. ¿Por qué no te quedas a compartir unos tragos conmigo, Barbarita? Estoy seguro de que nos encontraremos muchos puntos en común.

Sonrió ella, tendiendo su copa.

—Yo soy más que madura, querido. Soy decadente.

—Esto es formidable. Romántico. Casi psicodélico.

Ella se acurrucó a un lado de la jaula, y comentó, risueña:

—La parte agradable de mi posición es que los hombres siempre desean hacerme el amor. Creen que así salvarán sus pieles.

Esto la divirtió unos instantes, y emitió gorgoritos bebiendo.

—O sea, que últimamente he tenido montones de aspirantes. Pero resulta monótono. Hasta verles morir después, como la reina abeja, se hace tedioso. ¿Puedes pensar en algo más progresista?

—Desde aquí dentro, no. Nada es menos erotizante para un hombre que estar metido en una jaula. Hasta los gorilas en el Zoo nunca emparejan ni tienen descendencia. Toma un poco más de coñac, guapa.

Bebieron un poco más de coñac.

Canturreó ella:

—Hay algo muy exótico y original en tener a un hombre enjaulado. Completamente a mi merced, ¿sabes? ¿Te agrada ser torturado?

—No, no. Me temo que soy más bien un tipo convencional. ¿Qué tal si nos sentamos en un diván?

Bárbara Bloom denegó con la cabeza.

—Vosotros, los hombres, sois todos iguales. Solamente estáis interesados en una cosa: escapar. Pero tú no sales de esta jaula.

—Mi querida Babe, tu imaginación es portentosa. ¿Cómo desearía yo escapar, teniéndote a ti al alcance? ¿Vas a negarnos una hora de frenético deleite, a causa de estos barrotes?

—No.

Colocó ella en el suelo vaso y cigarrillo.

—Voy a entrar en la jaula contigo.

«Socorro», calmó el cerebro de Holigan.

Sentíase como un galgo enjaulado y a merced de una leona.

Contempló con fascinación aturdida cómo ella descorría la cremallera de su largo vestido dorado, dejándolo caer al suelo.

Llevaba la más breve de las combinaciones de negros encajes. Nada más.

Caminaba ella como una reina borracha, elegante hasta el tuétano.

Se dirigió rígidamente hacia la puerta y silbó.

Cuando se presentaron dos zombies, dijo:

—Permaneced aquí junto a la puerta, mientras retozo con Holigan. Si trata de escapar, ya sabéis lo que tenéis que hacer.

Los dos zombies asintieron, mirando, impasibles, mientras ella regresaba hacia la jaula, abría y entraba.

El calor emanaba de su cuerpo antes que siquiera Holigan la tocara. Al cogerla él por los hombros, murmuró ella:

—No me: importa que seas rudo.

La sacudió, haciéndole chocar de nuca contra los barrotes.

Gritó ella, pero se calló al recibir el toque de canto en la base del cuello.

Se desplomó en el suelo.

—Vosotros, quietos —conminó Holigan, al acudir corriendo los

zombies, pistola en mano.

Recogió el cuerpo femenino, empleándolo como escudo.

Saliendo de la jaula, fue a abrir la del chimpancé.

Seguía siendo su amigo.

Apenas salió el animal, empezó a gruñir en dirección a los zombies.

Depositó Holigan a la inerte Bárbara en el suelo.

—Lo siento, guapa; otra vez será.

Los zombies eran lentos. Seguían vigilando al chimpancé, mientras Holigan pasaba bajo la mesa y corría a la puerta.

La cerró.

Pensando que en la planta alta hallaría medio de escapar, fue mirando cuarto por cuarto.

Había evidencias de una fuga repentina.

Por lo menos, una veintena de hospedados habían estado comiendo y durmiendo allí.

Se habían ido recientemente y precipitadamente. Camas deshechas, vajilla sin lavar, ropa sucia...

El chimpancé subía la escalera. Corrió hacia una ventana, bamboleándose. Al tocar el reborde metálico, chilló, saltando atrás.

Dedujo Holigan que el acero estaba electrificado. El chimpancé también dedujo lo mismo.

Y saltó a través de la ventana, yendo a colgarse de una rama, balanceándose, feliz, antes de llegar al suelo y emprender la fuga.

Le contempló Holigan con envidia. La rama estaba demasiado.

Bajó Holigan.

Los frágiles zombies habían sucumbido. Si alguien continuaba en aquella tarea científica, tendría que hacerlos más robustos.

En cambio, Bárbara Bloom ya se había recuperado.

Hablaba con alguien, por teléfono.

—Tuve que enviarles fuera por esta noche, ya que alguien siguió a Holigan hasta mi casa. No podíamos exponernos a que la policía viniese y encontrase mis habitaciones llenas de muertos vivos.

Holigan cogió el aparato supletorio del vestíbulo y oyó cómo ella añadía:

—Holigan ha escapado, sobornando a uno de los guardianes. Luego, lo mató.

—Sigue ahí hasta que te llame.

La voz era más bien honda, autoritaria.

Y el dueño de aquella voz había colgado antes que Holigan pudiera estudiar mejor aquella tonalidad vocal.

Bárbara Bloom, aparte de la combinación, llevaba una pistola.

La estaba encañonando directamente al pecho de Holigan.

—De acuerdo —dijo Holigan—. Me rindo a tus encantos.

—En esta batalla, no podemos hacer prisioneros.

—¿Quién me siguió hasta esta casa?

Tenía que preguntar, hablar, porque, apenas dejaran de hablar, aquella maniática lo iba a matar, como fuese.

Bárbara sonrió, con la punta de su lengua asomando entre los labios.

—Fue el más arrogante y hermoso de los negros que jamás vi. Un dios antillano.

—Yo no soy antillano, pero no soy manco... Quiero decir que, besando, soy algo serio, ¿sabes, linda?

Movió ella el índice izquierdo, doblándolo.

—Acércate, pero lentamente. Puedes besarme mientras te mueres.

Holigan forzó una sonrisa, caminando hacia la pistola.

Sus rodillas estaban algo temblorosas, y los tres pasos le parecieron una distancia muy corta.

El cañón de la pistola se hundió en su estómago.

Y en su labio inferior se hincaron los dientes femeninos.

No era modo de morir.

Trató de rodearle los hombros.

Ella, súbitamente, le tiró del cabello hacia atrás, haciéndole caer al suelo.

Y restalló el disparo.

Ella gorgoteó, tosiendo brevemente.

Un hilillo de sangre resbaló a un lado de su boca. Holigan se puso en pie.

Veía el orificio de bala entre los dos senos.

Miró en torno para ver quién había matado a Bárbara.

Un negro arrogante. Un dios antillano. Sonriente.

## CAPÍTULO XIII

Lazarus Crichton, en pie en su tarima, daba a sus oyentes una breve conferencia.

—Los progresos científicos pueden salvar o destruir al mundo. Yo, con vosotros, puedo, si quiero, salvar al mundo. Cantemos ahora el himno de *Salve, salve, hermanos*.

Los veinte zombies, en tres hileras, empezaron a cantar.

Lazarus Crichton paseaba entre las hileras de bancos.

Y su voz resonó, de pronto, muy cavernosa:

—¿Señorita Evelyn Brent?, ¿no? Adelante, adelante. Un placer volver a verla tan pronto.

—Sí, y es la segunda vez que nos vemos esta noche —dijo Evelyn, saliendo de la oscuridad—. Usted me golpeó en el costado.

—¿Cómo dice?

—No se disculpe. ¿No es curioso cómo nunca se reconoce a un pastor si viste ropa corriente? Fue su calva cabeza la que le delató a la luz de la luna.

—Debe usted excusar el gancho de izquierda, señorita, pero me pilló usted por sorpresa.

Señaló la tarima.

—Venga, venga, y charlaremos con los zombies. No tratan a mucha gente. Y me temo que aún no están bien ajustados a nuestra sociedad. Por esto intento enseñarles a ser sociables. Ya van haciendo progresos.

Evelyn acompañó al expastor hasta el ara.

Crichton dio una palmada.

—Muchachos, prestadme atención. Esta señorita es Evelyn Brent, y ha venido especialmente a ver qué tal os trato.

Evelyn alzó una mano trémula, saludando a las hileras de rostros apáticos.

—¿Quiere decirles algo a mis muchachos, Evelyn?

—No sabría qué decirles. Sigo aturdida, viéndolos.

Lazarus Crichton sonrió patriarcalmente, y explicó cómo había descubierto, por vez primera, a uno de aquellos «mozos» en el cementerio, hacía ya tres meses.

—Parecía un alma perdida en este mundo viviente. Patético. Lo habían extraído de una tumba y, después que lo volvieron a revivir, se extravió. No sabía dónde ir. Naturalmente, le traje aquí.

Dio una palmada amistosa en el hombro de un individuo sombríamente tétrico.

—Después decidí ayudarles, convirtiendo este lugar en una especie de centro misional para los muertos. Los tenían tan descuidados, los pobres...

—¿Qué se propone hacer con ellos?

—Salvarlos.

—¿Por esto destruyó el cerebro del profesor Frolick?

—Exactamente. El profesor era un científico, y si hubiese conseguido el medio, a través del organismo de Holigan, para dirigir nuevamente su trabajo, lo habría arruinado todo. Además, tengamos en cuenta que aprecio a Holigan.

—Usted sabe mucho...

—He hablado mucho con estos amigos míos. Yo los trato como a personas. Usted solamente ve en ellos cosas, seres horrendos, y los mata como si fueran insectos.

—Lo siento. Son mis nervios.

—Tienen que ser tratados con respeto. Después de todo, éste es el paso más grande hacia la conquista de la muerte. Durante siglos, los grandes descubrimientos de la ciencia han sido bombas y medios para destruir lo que Dios creó. Pero con estos hombres, yo demostraré que el mundo puede ser salvado.

—¿Cómo?

—El profesor Frolick creyó que había inventado algo genial. Lo iba a emplear para darse unos años más de vida para sus investigaciones. ¿Sabe realmente lo que pretendía? Simplemente, otro laboratorio de investigaciones, su antiguo personal y unos pocos años más de trabajo. No tenía ni idea de lo que representaba su trabajo. Para él, era simplemente trabajo. O sea, que intervine. Y decidí utilizar a esta gente, a estos mozos.

—¿Para la paz y salvación mundial?

—Exacto, exacto, mi querida señorita Brent.

—¿Qué va a hacer con ellos?

—Puedo ir donde quiera, hacer lo que quiera. Cuánto necesito es simplemente disponer de unos cuantos técnicos importantes y funcionarios de envergadura, declarados muertos. Luego, los vuelvo a la vida como los *gangsters* de Frolick devolvieron la vida al personal del DIC. Mediante este sistema, puedo obtener cualquier secreto del Ministerio de Asuntos Exteriores. Puedo entrar en la Casa de la Moneda y distribuir unos millones de libras entre los hambrientos. Puedo robar un avión atómico y bombardear el Pentágono... Puedo dominar el mundo.

—¿Para qué quiere usted millones de libras y dominar el mundo? ¿Qué se propone hacer?

—Ya lo verá, mi estimada señorita.

Y Lazarus Crichton rió paternalmente antes de añadir:

—Usted no vino sola. Mi vista sigue aún siendo bastante buena, y había un atlético joven negro acompañándola.

—Ha ido a rescatar a Holigan. Y al mismo tiempo, enviará a la policía al DIC a detener al doctor Stamp. Yo me quedo aquí con usted.

—¿No desearía venir con nosotros en nuestra misión especial? Es una gran oportunidad que se le presenta.

—Ya hablaremos de ello cuando venga Holigan.

Crichton sacudió la cabeza como un viejo búho melancólico.

—A Holigan nunca le gustarán mis métodos ni mis ideas. Y es una pena porque Archer es un muchacho inteligente. El y yo juntos podríamos cambiar la faz del mundo.

Evelyn no lograba todavía asimilar si estaba tratando con un peligroso lunático o con un aspirante a santo.

Sonriendo, dijo Crichton:

—Ahora vamos a emprender la gran hazaña del siglo. Vamos, muchachos, ya es la hora.

## CAPÍTULO XIV

—Gracias por haber sido tan oportuno —dijo Holigan.

Charles Lafayette hizo un saludo burlón.

—Siempre me alegra ser útil al Imperio británico.

Diez minutos después, se dirigían a toda velocidad a Londres, en el «Jaguar» de Lafayette.

El jamaiquino expuso:

—Apenas comprendí la velada indicación de Evelyn, la dejé con el vicario Crichton. Sabe cuidarse muy bien de ella misma.

Sonrió Lafayette. Y levemente receloso, indagó Holigan:

—¿Cuál es el chiste?

—La última vez que le vi, oh, mi jefe, estaba usted dentro de una jaula.

—No tiene gran importancia ni mérito. Todos bajamos del mismo cocotero.

El amanecer iba perfilándose en la cima de Highgate Hill. Una fría luz gris iba deslizándose, destacando edificios.

Holigan se estremeció.

—Uno no debería nunca ver amanecer sobre Londres, a menos de estar recién enamorado.

Ya era de día cuando llegaron al patio del antiguo templo druida.

—¿No deberíamos ir con más cautela? —susurró Lafayette.

—No es preciso. El viejo Crichton es amigo mío. No disparará contra nosotros ni lo haría contra nadie. Es un pacifista. Lo único que necesita es que yo le hable y haga un llamamiento a su posible sensatez.

Pero Lazarus Crichton se había ido.

Y también los zombies.

No había el menor rastro de Evelyn. El templete estaba completamente desierto.

Mientras Holigan registraba armarios y cajones, en inútil búsqueda de algo que aclarase los posibles fines de Crichton, preguntó:

—¿Recuerda bien lo que le dijo Lazarus a Evelyn? ¿Cuáles eran las alternativas que mencionó?

—Opina que si se lo proponía podía ir a la Casa de la Moneda para imprimir millones de libras. Pero esto puede descartarse, ya que la Real Casa de la Moneda sólo manufactura moneda.

—Descartemos. ¿Otra posibilidad?

—Dijo que podía robar secretos oficiales del Ministerio de Asuntos Exteriores.

A pesar suyo, sonrió Holigan:

—Pobre viejo Lazarus... No sería capaz de identificar un secreto oficial, aunque llevase la estampilla de Secreto Máximo, No Tocar. Además, es un patriota. No vendería a su país por ningún dinero del mundo.

—Entonces solamente queda la tercera alternativa.

—Robar un avión y dejar caer bombas en el Pentágono.

—¿Por qué iba a hacer esto?

—Dijo que iba a emplear su descubrimiento científico para traer la paz sobre la tierra. Es un chiflado y puede creerse que bombardear el Pentágono sirva para algo.

—Pero ¡esto provocaría una tercera guerra mundial!

A la vez meditaba Holigan que éste podía muy bien ser el grandioso plan del truculento Lazarus.

Robar uno de aquellos aviones americanos, que estaban en constante estado de alerta, prontos a despegar con bombas nucleares, apenas un conflicto de envergadura estallase.

Esto explicaría por qué uno de los zombies muertos resultó ser un soldado de aviación norteamericano.

Y por qué le había costado hacer averiguaciones a Ned Meyers.

Ned Meyers vivía en una plazoleta arcaica de Islington.

Una planta rasera baja, que siempre estaba semioscura.

Los peldaños que descendían eran también arcaicos, y no debían haber sido barridos desde la Revolución Industrial.

Holigan estuvo llamando en la puerta durante cerca de diez minutos antes que apareciese Meyers tambaleándose, alorado, a abrir.

—Hemos pensado venir a acompañarte para desayunar. Es una suerte que hayamos venido, corías el riesgo de dormir demasiado.

Gimió Meyers, malhumorado:

—Hoy es sábado, diantres. No trabajo.

—Error, viejo. Tienes que recoger al doctor Stamp en el Departamento de Investigaciones Científicas, y luego limpiar los destrozos en una mansión llamada Bartlett. Puede que haya algunos zombies extraviados, y necesitamos recogerlos, al igual que cadáveres sospechosos.

Bostezando, indagó Meyers:

—O sea que este caso ya quedó aclarado.

—Sí, gracias a que trabajábamos mientras tú te regodeabas en la lujuria de tu tibia cama. Todo el asunto fue planeado por el profesor Frolick, y ejecutado por el doctor Stamp y Bárbara Bloom.

—¿Y qué cosa ilegal hacían?

—Matar seres humanos con ataques cardíacos inducidos para poder emplearlos para sus investigaciones. No está permitido, ¿sabes? Y el doctor Stamp mató a Jasper Rains porque estaba llamando demasiado la atención de la Prensa.

—Y la nuestra.

—Hay un pequeño detalle, que queda por aclarar. Un pastor medio loco descubrió lo que estaba ocurriendo, y se insertó con un plan de su propio caletre. Probablemente, les amenazó con desenmascararlos si no le dejaban jugar a su modo, con su aleccionamiento de los zombies. Y ahora está intentando robar un bombardero americano.

—¿Lazarus Crichton?

—El mismo. Por lo cual necesito saber de dónde procedía el zombie americano.

—Eso lo veo al instante.

Meyers rebuscó diez minutos entre las pilas de papeles sobre su mesa, y al final encontró por el suelo una ficha azul.

—Aquí está. Procedía de un lugar en las afueras de Oxford. Lo gracioso, relativamente, es que aproximadamente una docena y pico de soldados americanos de aviación murieron allí recientemente.

—¿Accidente?

—No. De ataques cardíacos. Una epidemia, diantres.

## CAPÍTULO XV

Evelyn, pudo ver lo que estaba sucediendo a través de una rendija del ataúd en que estaba encerrada.

Lazarus Crichton había dicho:

—Lo siento mucho, señorita Brent, pero esta posición algo molesta no se prolongará más allá de quince minutos. No existe otro medio más seguro de permitirnos llegar hasta el avión.

Podía ver dos zombies con uniforme de la aviación norteamericana, en el coche fúnebre acompañando al pastor Crichton, y sabía que había ocho zombies más con idéntico uniforme en el coche que venía atrás.

La sencillez del plan la asombraba.

Se detuvieron en la entrada de la instalación más vigilada de toda Inglaterra.

Los aviadores muertos mostraron sus papeles.

Explicaron que Evelyn era la esposa difunta de uno de ellos, que iba a ser transportada por avión a Nueva York, y que Crichton era la escolta religiosa.

Ondearon la mano y siguieron adelante.

Estaban ya en una base aérea atómica.

Un mecánico saludó al que conducía mientras avanzaban a través del laberinto de edificaciones junto a la torre de «control».

Y el que saludaba se paró, de pronto, gritando:

—¡Ey, Jack! ¡Creí que te habías muerto!

Jack asomó un poco la cabeza por la ventanilla y exclamó:

—¡Yo también me lo creía!

Luego aceleró hacia el octavo

U. S. S.,

de la escuadrilla que estaba constantemente en preparación para un posible despegue inmediato.

Evelyn, dentro de su ataúd, fue transportada al interior del

avión.

Las portillas se cerraron y la tripulación de zombies ya estaba manipulando cada uno en su sitio.

Evelyn quedó momentáneamente ensordecida por el bramido de los propulsores. El bramido se elevó y decreció. Se estabilizó en un zumbido suave y constante, y el avión se movió hacia adelante.

Lazarus abrió el ataúd, ayudándola a salir.

Y dijo, satisfecho:

—Creo que ya lo hemos logrado.

Chilló ella, enojada:

—¿Por qué me trajo consigo?

—Usted misma dijo que quería quedarse conmigo. Además, la protege el Gobierno británico. Estaba yo un poco nervioso pensando que tal vez nos dispararían, derribándonos, pero con usted a bordo deberemos estar plenamente a salvo. No le importa haber venido, ¿verdad que no?

—¡Claro que sí! ¡Claro que me importa y mucho! Yo no apruebo en modo alguno la idea de arrojar bombas H sobre nadie, yo creo que usted está desquiciado. Y si este aparato fuera uno normal, le asestaría un porrazo en esta calva tentadora, y haría dar media vuelta al avión. Desgraciadamente no puedo pilotar un *jet*.

—Ellos, sí, mi estimada joven.

El *jet* se elevó súbitamente.

Pareció detenerse a unos metros del suelo, y luego surcó como un cohete hacia el cielo.

## CAPÍTULO XVI

Dijo Holigan:

—Usted no puede ordenar que derriben el avión, porque hay una dama a bordo y es agente británica. Y de todos modos, ¿no harían explotar la H con sus antiaéreos?

—Solamente si el detonador está conectado —dijo el coronel—. Lo derribaremos sobre el Atlántico. Ya estamos hasta la coronilla de ustedes, los tíos listos de los países subdesarrollados. Gastamos millones de dólares en defenderles, ¿y qué pasa? Nos desfilan ante las narices toda clase de melenudos, en manifestaciones contra la libertad ante nuestras embajadas. ¿Por qué mil pares de vacas quiere este demente de vicario bombardear el Pentágono?

El coronel era tejano, recio y, tras cuatro *whiskys*, estaba al borde de la rabiosa apoplejía.

Meditó un poco con esfuerzo y agregó:

—Si hay una agente británica a bordo, ¿por qué no hace algo positivo y práctico?

—¿Puedo hablar con ella por su radio, coronel?

Un soldado en la esquina, dijo:

—No contestan.

—Tal vez no saben cómo funciona —insinuó Holigan.

—Oiga, compadre, los que están allá arriba son aviadores americanos y saben todo cuanto hay que saber —gruñó, ofendido, el coronel.

—En este caso será mejor que evacúen en el Pentágono.

De pronto clamó el soldado:

—¡Ey, jefe! Oiga esto. El majareta está hablando.

El majareta era Lazarus Crichton, pero ya se había callado.

Aclaró el soldado:

—Dijo que no va a bombardear el Pentágono.

—Entonces, ¡mil rayos! ¿Qué cuernos hará?

El soldado se rascó el cráneo sin dejar de masticar su chicle inflable.

—Pues dijo que nada. Dijo que simplemente aterrizará en el aeropuerto Kennedy.

—Está como un chivo con cencerro —catalogó el coronel.

Holigan agarró el teléfono azul de encima la mesa del coronel y logró una comunicación con la BBC.

—Hola. Habla Holigan. S. I. especial. Conecten con Greene. Necesito el texto completo del mensaje que han recibido de Crichton.

El comunicado enviado por radio, desde el avión a la Prensa, por el exreverendo Crichton especificaba:

«Pude haber borrado del mapa a Washington capital con esta bomba H. Pero ésta no era mi intención. Soy ministro de poderes espirituales, y en este avión van conmigo hombres que han sido rescatados del mundo de los muertos.

»Representamos las fuerzas de la vida. Estos hombres han sido llamados zombies, pero son los tripulantes de este avión.

»Cuando aterricemos apaciblemente en el aeropuerto de Kennedy para demostrar lo perenne de la vida, ruego que mi tripulación sea tratada con todos los respetos debidos».

## CAPÍTULO XVII

Evelyn podía divisar el litoral de Nueva York.

La tripulación se interpelaban unos a otros, alegremente, a través de la radio interior, y sonreían triunfantes.

Estaban excitados de entusiasmo ante la idea de volver a sus bogares. Mostraban la ciudad de cemento vertical, señalando al cielo.

Ante la sorpresa de Evelyn, en el aeropuerto había una muchedumbre vitoreando, tirando confettis y agitando banderas.

Una banda militar interpretaba música marcial y campechana.

Una gran pancarta decía:

«LOS PRIMEROS ZOMBIES QUE HAN CRUZADO EL ATLANTICO  
¡SON AMERICANOS!».

Había cámaras de televisión y enjambres de periodistas.

También había cuatro coches patrulla y un batallón de policía militar.

Los aviones de caza y combate que habían volado, vigilantes, por el océano, permanecían trazando una corona en el cielo.

Los zombies hicieron un aterrizaje perfecto.

Lazarus Crichton fue repartiendo apretones de manos y felicitando efusivamente a la tripulación.

Preguntó Evelyn:

—Y ahora, ¿qué pasará, pastor?

Sonrió Crichton, feliz.

—Mire por la ventanilla. Supongo que van a detenerme. Pero ha valido la pena. ¡Fíjese cuánta publicidad gratuita!

—Le encarcelarán. Le privarán definitivamente del uso del hábito.

—Tal vez sí. Tal vez me ingresen en un manicomio. Soy quizá

un loco, pero con muy buenas intenciones. Ojalá hubiera más locos como yo.

Sin saber por qué, la escasamente emocional Evelyn Brent besó en ambas mejillas a Lazarus Crichton antes que la policía se lo llevase, sonriente, saludando a todo el mundo como un campeón de boxeo.

El doctor Stamp ostentaba una expresión ausente, de estólida indiferencia.

Permanecía sentado en un confortable sillón en la sala particular de la clínica de la policía especial.

Archer Holigan cerró suavemente desde fuera la mirilla de la puerta. Presentó:

—¿Cree usted que influirá en sus respuestas nuestra presencia, doctor?

Mirando a Evelyn, el médico contestó galantemente:

—La acción sedante y relajadora del trimetilanxino es tan poderosa que mi colega Stamp ni siquiera está en condiciones de darse cuenta de la belleza femenina que va a visitarle.

Preguntó ella con sentido práctico:

—Si tan relajado está, ¿puede confiarse en su sinceridad?

—Garantizo la absoluta veracidad de cuánto responda mi excolega Stamp, ya que todas las inhibiciones cerebrales de su voluntad han quedado anuladas y, por consiguiente, hablará con un ciento por ciento de sinceridad.

Al entrar Evelyn y Holigan en la sala, el doctor Stamp los miró con expresión carente de todo interés. Volvió a fijar la vista en un punto indefinible de la blanca pared que tenía frente a él.

A un lado del sillón estaba un diván cama, donde se instaló Evelyn mientras, a espaldas del sillón, preguntó Holigan en tono banal:

—¿Se encuentra bien, doctor Stamp?

—Perfectamente. Gracias —replicó Stamp, sin matices en su tono.

—El pijama permite ver que está usted vendado y entablillado. ¿Un accidente de coche?

—No, no. Fue un energúmeno de mulato con vocación de verdugo quien me maltrató en forma salvaje.

—¿Por qué razón le maltrató?

—Quería saber quién dirigía el proyecto zombies.

—¿Se lo dijo usted?

—Todo el proyecto se hubiese hundido si no persisto en afirmar que dirigía toda la operación el cerebro con vida del difunto profesor Frolick, si bien esto era falso. Con el profesor murió, irremisible y lógicamente su cerebro.

—No comprendo entonces por qué persistió en asegurar que aquel cerebro lo dirigía todo.

—Si plan se basaba en explotar la credulidad científica, llegado el momento culminante.

—¿Cuál era este momento?

—Cuando Bárbara y yo lográsemos apoderarnos de una base aérea atómica, desde la cual dictaríamos nuestra voluntad a los gobernantes del mundo. Me temo que sufrimos de megalomanía ella y yo. Nos creímos demasiado superiores.

—Háblenos de sus zombies, doctor.

—Ésta fue tina idea genial. Sí, puedo afirmarlo sin incurrir en inmodestia. Se trataba de lograr un preparado químico que produjese en el individuo elegido todas las apariencias físicas de muerte por ataque cardíaco. Elegí como sujeto experimental para la primera prueba a Thomas Larkin, el mozo de servicio del Zoo. Fue fácil colocarle el preparado químico en sus copiosas libaciones. Produjo una catalepsia, que no era detectable por el forense. Después, lo desenterramos. Devolviéndolo a la vida, que nunca perdió más que en apariencia.

—Sin embargo, ellos tenían todo el aspecto de zombies.

—Después de producirles la muerte artificial, cuando los recuperábamos para nuestros fines, los revestíamos de una malla plástica, que emanaba una temperatura glacial.

—¿Su rigidez al caminar?

—La malla les dificultaba el juego de articulaciones en las rodillas y las vértebras dorsales y cervicales.

—¿Su inexpresiva apatía?

—El síndrome de ataque cardíaco y la catalepsia alteró su coeficiente de inteligencia, anulándoles toda voluntad. Eran dóciles, obedeciendo a cualquier voz autoritaria.

—Por esto obedecían al pastor Crichton.

—Éste fue nuestro fallo. Debimos liquidar a Crichton

personalmente en vez de imaginarnos que podríamos suprimirle enviándole, una vez debidamente tratado, al agente de la policía especial, Archer Holigan.

Holigan meneó la cabeza.

No podía tomar represalias contra un hombre cuya voluntad estaba totalmente anulada, tanto para el bien como para el mal.

El dueño del Minotauro reclamó silencio, agitando la campanilla sobre el mostrador.

—¡Señoras y caballeros! Esta ceremonia me sume en máxima emoción. Mi cliente y amigo, Archer Holigan, ha decidido renunciar al estado de soltero. Si existiese otra soltera como Evelyn Brent..., hasta yo mismo renunciaría a mi celibato. He dicho.

El doctor en leyes, Charles Lafayette tocaba el órgano eléctrico con gran arte.

Interpretó una marcha nupcial tropical, cálida, llena de promesas.

FIN





Las mejores obras de:  
**"SUSPENSE", ESPIONAJE  
Y POLICIACAS**  
escritas por los mejores  
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos  
colecciones son prueba evidente  
del favor que el público dispen-  
sa a nuestras series populares



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

**PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.**

Impreso en España

